

Napoleón y revolución: las Guerras revolucionarias

ENRIQUE F. SICILIA CARDONA



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Napoleón y revolución: las Guerras revolucionarias*
Autor: © Enrique F. Sicilia Cardona

Copyright de la presente edición: © 2016 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Imagen de portada: PHILIPPOTEAUX, Henri-Félix. *El general Bonaparte en la batalla de Rivoli*, el 14 de enero de 1797 (1845). Palacio de Versalles, París.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-808-5

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-809-2

ISBN edición digital: 978-84-9967-810-8

Fecha de edición: Octubre 2016

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-31294-2016

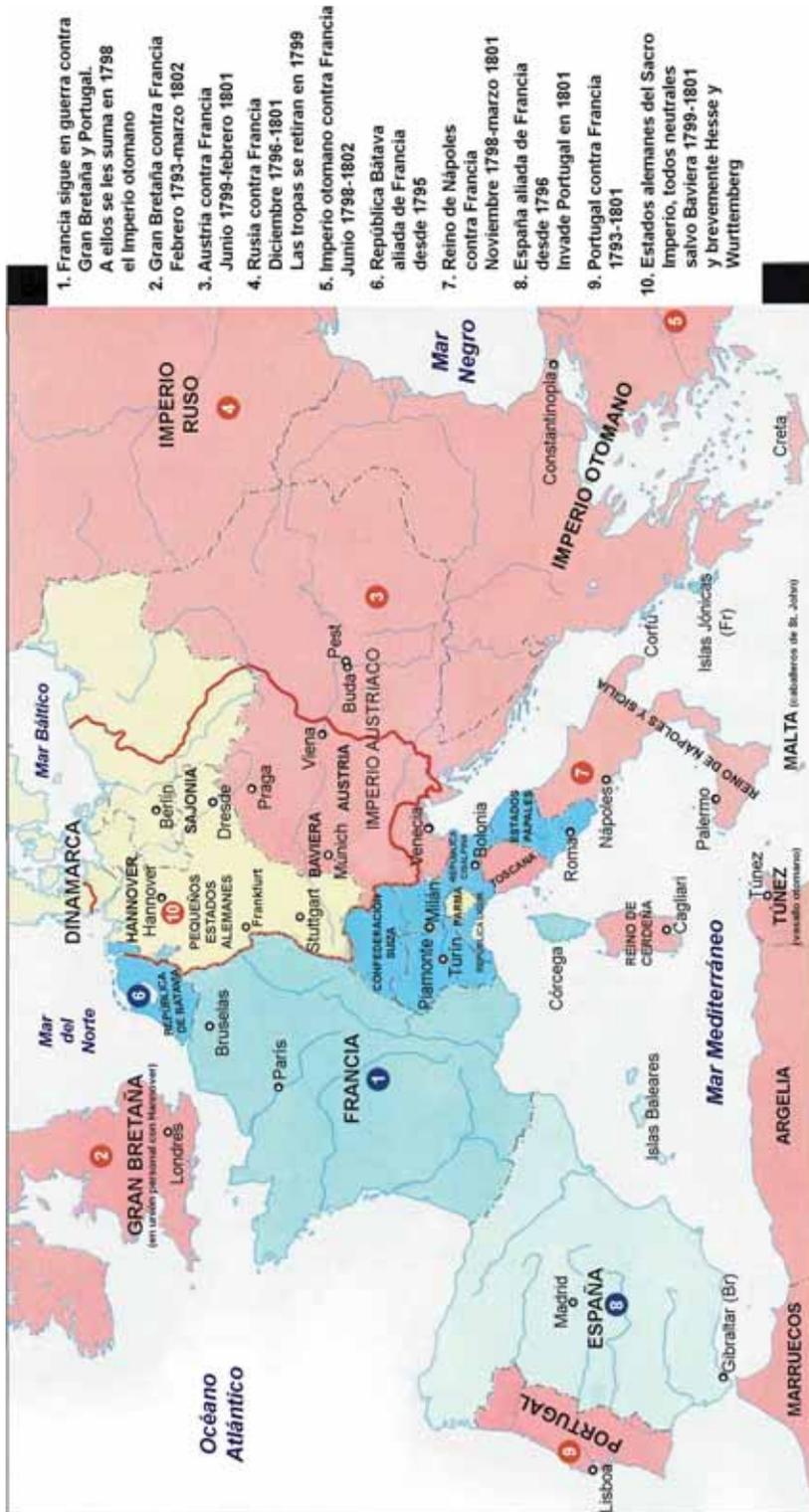
A todos los muertos de esa época que,
o combatiendo o defendiendo sus ideas,
cayeron con honor o dignidad.

Índice

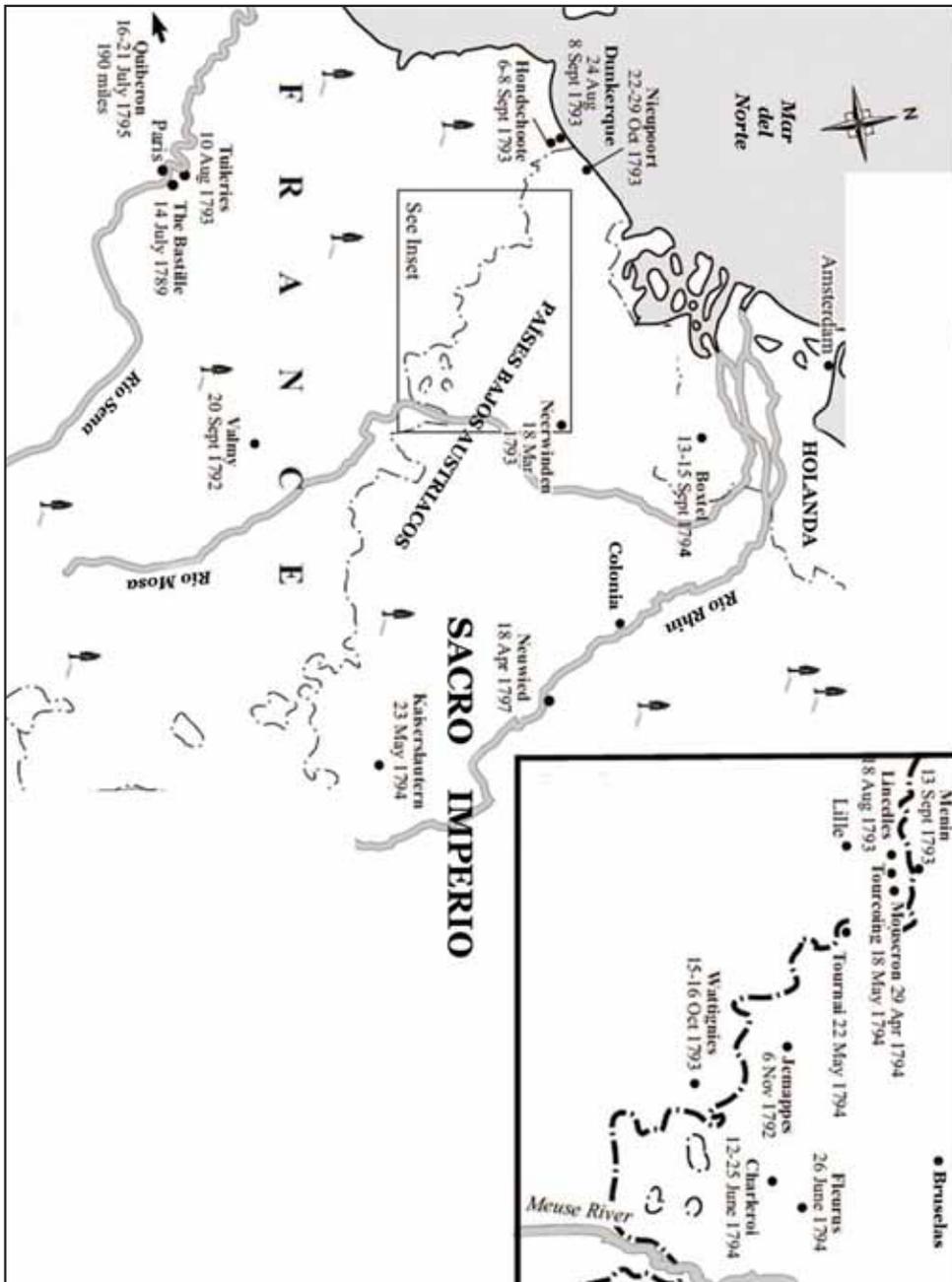
Introducción	17
Capítulo 1. ¡Todos a las armas!	21
Revolución y reyes	21
Enemigos absolutos, parlamentarios y temporales	27
Capítulo 2. Humo, pólvora y sangre	35
Asedios y factores	36
Batallas ilustradas	38
Batallas revolucionarias	42
El armamento de la época revolucionaria	44
La organización de los ejércitos revolucionarios	52
Capítulo 3. Tácticas y estrategias	65
Niveles de la guerra	66
Operaciones y conceptos	68
Innovaciones y tácticas del siglo XVIII	71
Viejos y nuevos líderes	85

Capítulo 4. Francia en peligro (1792-1794)	99
Manifiesto de guerra	101
Valmy, 1792	106
Noche y República	111
Jemappes, 1792	114
El juicio y la leva	121
El péndulo belga	124
A las puertas de París	129
Intermedio español	134
Tolón, 1793	136
El volcán de la Vendée	143
El disputado palatinado	144
La república protegida	146
El punto de inflexión: Fleurus, 1794	150
Capítulo 5. Los límites de la revolución (1795-1797)	159
La conquista de Holanda	160
Paz con Prusia y España en Basilea	164
Maguncia, 1795: el contraataque perfecto de Clerfayt	166
Primera campaña italiana de Bonaparte	169
La campaña alemana de Jourdan y Moreau	187
Bonaparte frente al archiduque Carlos, 1797	201
Hoche: la muerte de un héroe revolucionario	204
El aplazamiento de Campo Formio, 1797	209
Capítulo 6. Oriente y Occidente (1798-1799)	211
La tentativa de Egipto	212
La campaña Siria	216
Intermedio en la India	220
Suvórov en Italia	223
Jourdan en Alemania	233
Masséna, el salvador	236
El nuevo Aníbal	247
La invasión anglo-rusa de Holanda	252
El golpe de Brumario	256

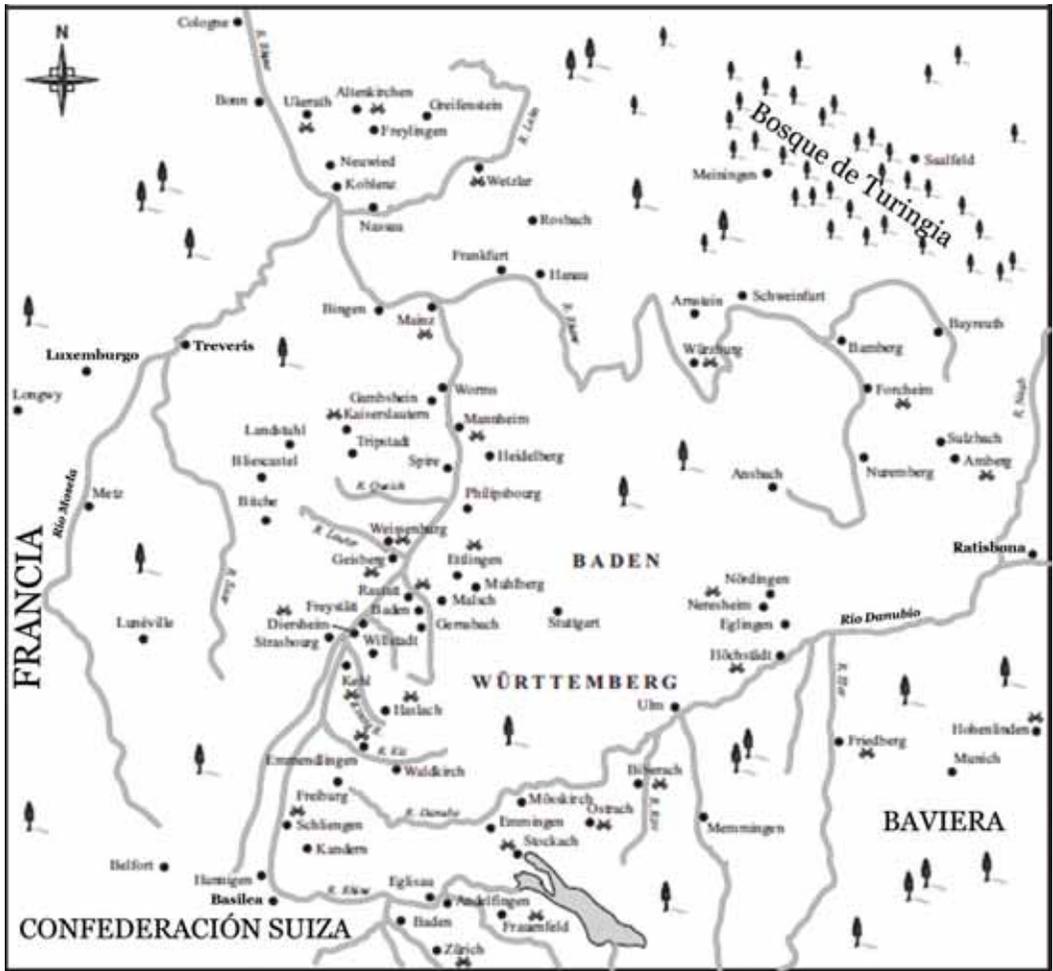
Capítulo 7. Teatros y decisiones (1800-1801).....	261
Napoleón en Italia	262
Kléber en Egipto	274
Moreau en Alemania	278
El Tratado de Lunéville, 1801	294
Capitulación francesa en Egipto	295
Capítulo 8. Guerra naval: la Royal Navy al ataque	301
Armadas, navíos y cañones	305
Tácticas de combate naval	308
Batallas navales	311
Capítulo 9. Guerra naval: desembarcos, conquistas y saqueos	331
Operaciones británicas en Europa	333
La campaña en las Antillas y el Caribe	336
Los franceses en Irlanda y Gran Bretaña	338
Los franceses en Santo Domingo	341
Capítulo 10. Vencedores y vencidos (1802)	345
La Paz de Amiens	345
Conclusión	348
Anexos	
Cronología	361
Diagramas	369
Biografías militares	373
Bibliografía escogida	389



Europa en 1798. Mapa adaptado de Osprey Publishing.



Plano de las principales batallas en los teatros del norte de Francia, Bélgica y Holanda. Mapa adaptado de *The Encyclopedia of the French Revolutionary and Napoleonic Wars*.



Plano de las principales batallas en los teatros de Alemania y Suiza. Mapa adaptado de *The Encyclopedia of the French Revolutionary and Napoleonic Wars*.

Introducción

El devenir histórico sufrió una descarga eléctrica con la aparición repentina de la Revolución francesa en 1789, un «acontecimiento histórico mundial» para el profesor de Jena, Hegel. Ese descontento popular conducido, sobre todo, por personalidades aburguesadas del tercer estado y otras de la baja nobleza, propició una reorganización de la sociedad de uno de los países más avanzados y poderosos de la época. La soberanía ahora residía, en teoría, en un pueblo encarnado en la nueva figura del ciudadano, o aquel sujeto con derechos universales y con capacidad para intervenir en la política de su país. Lo complicado fue procesar el éxito posterior al levantamiento y reorganizar los principios que defendían esos diferentes actores implicados, los cuales se enfrentaron en frecuentes discrepancias políticas e ideológicas que lastraron su desarrollo.

Con la insensata huida del rey Luis XVI y su arresto en junio de 1791 comenzó una nueva etapa para todos. La mayoría de los diputados franceses de la Asamblea –órgano principal del gobierno revolucionario– estaban inquietos y exaltados ante la posibilidad de una invasión de potencias como Austria y Prusia, que deseaban restituir la monarquía absoluta del rey caído en desgracia. La guerra parecía inminente y la insólita nación francesa debía luchar por su supervivencia ante esas fuerzas extranjeras y plenamente absolutistas. Esa amenaza externa sirvió como catalizadora de los deseos revolucionarios de igualdad frente a la jerarquía imperante y germinó, a su vez, en un naciente nacionalismo que enfrentaría más adelante a pueblo

contra pueblo, a naciones frente a naciones, relegando al olvido el concepto de guerras dinásticas o religiosas de los siglos anteriores. Nació así un nuevo concepto cultural de la guerra donde predominaba la movilización ideal de todos los recursos disponibles para alcanzar un objetivo común. La guerra convencional, honorable y limitada se postraba, primero, ante la guerra revolucionaria, para acercarse, más adelante, al concepto de guerra ilimitada o total entendida como una actividad cultural que ensalza la intensificación progresiva de los recursos utilizados fusionando así beligerancia y política en un sustrato social definido por un admirado militarismo. Iban a chocar dos realidades, dos órdenes contrarios, dos sistemas políticos tan separados que no cabía una relación amistosa entre ellos. La pervivencia del antiguo asfixiaba las ansias de derechos y libertades del nuevo. La conquista del nuevo orden debía ser por la fuerza de las armas. La patria revolucionaria estaba en peligro y había que salvarla. La guerra tomaría un protagonismo inusitado y se llevaría por delante a muchos de los protagonistas de aquellos años. Una nueva guerra de voluntades, una guerra ilimitada que no ofrecería casi ninguna tregua a esos antagonistas. Una guerra que sería, en sí misma, otra revolución enmascarada que no terminaría hasta la irrupción de un personaje carismático, genial y tiránico, que gobernaría no por derecho, sino por la fuerza del gran ejército que le adoraba.

Las llamadas Guerras revolucionarias (1792-1802) fueron libradas por ejércitos de un tamaño considerable –aunque no excepcional–, con una proliferación de batallas que provocaron una notable convulsión sobre un continente dispuesto a sufrir grandes cambios auspiciados por los impulsos emanados de la Revolución francesa. Estos revolucionarios, una vez contenida la invasión de sus fronteras, intentaron extender por Europa las bases para la generalizada aceptación de lo democrático, lo representativo, y el orden constitucional. Este impulso perdería en pocos años su idealismo y comenzaría una nueva fase más realista de búsqueda de los límites mutuos entre los beligerantes, sólo rota por los sueños de grandeza de Napoleón Bonaparte (1769-1821). Una deriva en la historia de la guerra cuyo impacto todavía se ve hoy presente en la existencia de ejércitos de ciudadanos-soldados, con el servicio militar obligatorio y el cálculo sistemático de los recursos nacionales, para el sostenimiento de ese tipo de guerra. Estos conflictos se libraron entre los estertores de la época neoclásica y el comienzo de la romántica. Un período en el cual mandos y soldados consideraban la guerra como habitual, gloriosa y apetecible; donde todavía, y tras el amplio desarrollo anterior, el culto al héroe contaba aún con las mejores bazas para prosperar. En este crisol militarista surgieron grandes nombres para la historia, y muchos otros líderes más, desterrados por el recuerdo popular y la historiografía, ganaron su reputación, como leeremos, en esta coyuntura

marcial. Asimismo, las Guerras revolucionarias se libraron en multitud de escenarios geográficos, algo que ya había sucedido en otras grandes contiendas del siglo XVIII. En tierra, el Oeste y centro de Europa, África del Norte, Levante, y las Antillas fueron testigos de batallas y combates. En el mar, las armadas rivales lucharon por la supremacía en el Mediterráneo, el océano Atlántico, el Caribe o en el océano Índico. Como ya hemos visto, al extenderse los límites geográficos, morales, sociales y políticos, también se transformó la limitación en el castigo propia de la Ilustración, hasta buscar ahora la aniquilación del rival o, al menos, su subordinación completa mediante la conquista. Hasta este momento, las dinastías gobernantes buscaban alguna ventaja territorial o compensación económica, sin alterar tajantemente el equilibrio existente de poder entre los grandes imperios o casas regentes. En estos años finales del siglo XVIII se radicalizó el concepto de la guerra hacia una marcialidad sin tantas restricciones y se buscaba con ahínco una victoria decisiva que cerrara el violento período desatado. En cambio, la acción campal sistémica y definitiva -victoria sistémica- sobre el enemigo no llegaría a producirse nunca en el período que nos ocupa.

La obra que ustedes tienen en sus manos analiza las campañas y batallas más importantes de aquel período y, por ese mismo motivo, lo castrense será el eje principal de mi análisis personal, aunque los aspectos políticos, económicos, sociales o culturales no serán completamente desdenados. Ejércitos, armadas, armamentos, jefes y soldados de los diferentes antagonistas serán examinados con el debido rigor, en un recorrido cronológico por las operaciones militares (estrategias, tácticas, movimientos, maniobras, logística e información) utilizadas por unos y otros, dentro de los diferentes teatros terrestres y navales. Es decir, este libro no pretende ser un tratado o un estudio sobre la polemología y sus derivados, ni otro ensayo más sobre la estudiada figura del Corso; mi intención es centrarme, ante todo, en los antecedentes, personajes, acciones y campañas militares en sí, con la perspectiva francesa como principal impulso vertebrador en esta obra generalista, que no única. En definitiva, deseo que su lectura les ilumine en aspectos o gestas bélicas no muy tratadas en nuestra lengua y cumpla las exigencias que uno mismo se ha marcado desde siempre en su trayectoria profesional. Agradezco con estas líneas a la editorial Nowtilus y a su editora, Isabel López-Ayllón Martínez, la oportunidad que me presta; a Carlos Sánchez, Pablo Cuevas, Manuel Rubio y, en especial, a César Pérez Arana por su inestimable e instruido ojo militar.

Capítulo 1

¡Todos a las armas!

Si vis pacem, para bellum.

Proverbio latino

REVOLUCIÓN Y REYES

La Revolución triunfante estaba a mediados de 1791 buscando un modelo definitivo. Se debatía entre continuar con la monarquía o romper definitivamente con lo establecido en los siglos anteriores por la fuerza de la sangre y el linaje. Muchas voces pedían la república y los más exaltados de ellos eran los que pertenecían al Club de los Cordeliers. Los «cordeleros» estaban ubicados en un antiguo convento de los franciscanos en París –extendidos luego a Marsella– y pedían la supresión monárquica y el sufragio universal. Una de sus peticiones recogiendo firmas en pro de la República fue depositada en el altar de la patria del Campo de Marte el 17 de julio. A raíz de este hecho y ese mismo día, hubo una serie de incidentes que desencadenaron luego en una fuerte represión de la Guardia Nacional, que disparó a la multitud congregada. La masacre subsiguiente evidenciaba la ruptura que existía entre los partidarios de uno u otro régimen.

Los reyes absolutos europeos miraban con recelo esta escalada. Del 25 al 27 de agosto se reunieron en el Castillo de Pillnitz, cerca de Dresde (Alemania), el emperador austriaco Leopoldo II (1747-1792), hermano de la reina francesa Maria Antonieta, y el rey de Prusia Federico Guillermo II (1744-1797). Las conversaciones habían girado sobre la nueva partición polaca –en 1772 había ocurrido la primera– y la finalización de la guerra austro-turca empezada en 1787, donde los prusianos apoyaban a

Napoleón y revolución: las Guerras revolucionarias

La tabla posterior clarifica a los principales enemigos de la Francia revolucionaria y los años que estuvieron en estado de guerra (rojo), inactivos (blanco), aliados (verde) u ocupada (naranja) por los franceses.

Guerras revolucionarias											
Enemigos	1792	1793	1794	1795	1796	1797	1798	1799	1800	1801	1802
Austria	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo
Prusia	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo
Gran Bretaña	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo
Rusia	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo
España	rojo	rojo	rojo	rojo	Aliado desde Tratado de San Ildefonso						
Países Bajos	rojo	rojo	rojo	rojo	Ocupada y aliado como República báltica						
Portugal	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo
Cerdeña	rojo	rojo	rojo	rojo	a	República piamontesa	República subalpina	República subalpina	República subalpina	República subalpina	Anexión
Imperio otomano	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo
Nápoles	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	rojo	b	rojo	rojo	rojo	rojo

a: ocupada como República de Alba; b: ocupada como República partenopea.

Capítulo 2

Humo, pólvora y sangre

Sólo hay dos palancas que muevan a los hombres: el miedo y el interés.

Napoleón Bonaparte

Como sistema racional que es, la guerra ha disfrutado en el tiempo de sesudos estudios, ensayos y análisis. Por seguir con este razonamiento, por ejemplo, en décadas pasadas de investigaciones era habitual indicar que el siglo XVIII había sido un período de guerras limitadas, guerras corteses, con movimientos que buscaban más la captura de algunas plazas fuertes, la rendición del contrario sin un excesivo coste en vidas humanas o el vivir a expensas del enemigo. A este respecto, Fortescue comentaba que «el objetivo de una campaña no era en aquellos tiempos buscar al enemigo y batirle. Los mejores tratadistas prescribían dos alternativas, a saber, luchar con ventaja o subsistir confortablemente». Esas alternativas recogen el sentir de la época sobre el modo de proceder en un conflicto armado. En el primer caso insinúa una lucha desde una plaza fuerte o posición defensiva escogida; la segunda nos lleva a vivir en terreno enemigo mediante movimientos constantes y maniobras o, todavía mejor, esquilmando su territorio situando allí nuestros cuarteles de invierno.

Las guerras de este siglo eran guerras controladas en algunos aspectos. Es bastante cierta la anécdota de dos coroneles enemigos –francés y británico– discutiendo en plena batalla de Fontenoy sobre quién debería disparar primero. La soldadesca cometió menos desmanes que en el siglo anterior, donde las guerras de religión seguían todavía vigentes. Mucha culpa de esto la tuvieron los mandos y oficiales provenientes de la nobleza. En ellos se



Fusil de chispa con bayoneta modelo 1777. Fusil de cañón liso, llave de sílex «a la francesa», con cuño de P. J. Malherbe a Liége, guarniciones de latón salvo la contera, baqueta metálica, bandolera de cuero blanco y bayoneta triangular de cubo.

Fuente: ©EMSIME

(Normandía) por Marin le Bourgeois a principios del siglo xvii [...]. En ella, la batería y la tapadera de la cazoleta se funden en una sola pieza con forma de ele, denominada rastrillo, y la pletina queda más al descubierto, admitiendo gran cantidad de ornato». Perduró hasta el siglo xix y se difundió tanto que podemos encontrarla en el célebre rifle estadounidense Kentucky, en el fusil británico Brown Bess y en varios modelos militares españoles como los fusiles de 1757, 1790 o 1828.

Respecto al modelo francés 1777 hay que señalar que era bastante robusto y su longevidad de uso le llevó a ser fabricado hasta el año de 1822 (una de las fábricas estatales más famosas se ubicó en la ciudad de Charleville). Esta arma portátil larga de antecarga y cañón de ánima lisa tenía una longitud de 152 centímetros y un peso de 4,6-4,7 kilogramos y de unos 5 kilogramos con la bayoneta colocada. Su calibre era de 17,5 milímetros y disparaba una bala de unos 27-28 gramos, a una velocidad inicial de aproximadamente 420 metros por segundo. El alcance máximo podría rondar entre 500 y 600 metros, pero las distancias de alcance reales se situarían de los 200 a los 250 metros, si bien era mucho más eficaz en distancias de entre 60 y 100 metros. Siempre se ha hablado de la escasa fiabilidad del arma debido a la suciedad del cañón por la pólvora empleada o las chispas que generaban las piedras de sílex o pedernal (una variedad del cuarzo). En estos años revolucionarios fallaba algo más que en la época napoleónica debido a la sustitución, a principios del siglo xix, del grano de la pólvora y el propio calibre de la bala, con el llamado modelo l'An IX (1802-1803).

Para cargar el arma, el soldado solía estar de pie y descubría la cazoleta de la llave de chispa; luego cogía un cartucho –portaban alrededor

con 116 disparos. A continuación, comprobamos algunas características de los diferentes fusiles de los principales enemigos de esa época:

Naciones	Nombre	Longitud	Peso	Calibre
Gran Bretaña	Brown Bess	146 cm	4,1 kg	18,59 mm
Austria	Modelo 1784	150 cm	4,75 kg	18,3 mm
Prusia	Modelo 1740-1782 Potzdam	143 cm	4,4 kg	18,59 mm
Rusia	Modelo 1798	144 cm	5,5 kg	19,7 mm
España	Modelo 1757-1789	150 cm	4,0 kg	17,52 mm

Esos mismos soldados de infantería tuvieron muchas veces que sufrir no sólo a otros infantes con sus fusiles apuntándolos, sino a otro tipo de armamento lejano y más devastador. Nos estamos refiriendo a la artillería. Un arma fundamental que ya traía un prestigio consolidado desde la guerra de los Siete Años. En la época revolucionaria seguiría ganando en consideración a la hora de plantear cualquier tipo de operación militar y con Napoleón alcanzaría el cénit de su uso en batalla. El primer sistema integrado de artillería fue creado por el príncipe austriaco Liechtenstein en 1753; estaba basado en el anterior modelo prusiano de la década de 1740. Los franceses llegaron algo tarde a esta carrera por concebir y desarrollar el mejor sistema integrado, pero tomaron la delantera al adoptar el llamado sistema de Gribeauval, del oficial, ingeniero y artillero francés Jean-Baptiste Vaquette de Gribeauval (1715-1789).



Jean-Baptiste Vaquette de Gribeauval.
 En: *Les merveilles de la science*
 (1867-1891), tomo 3.

Pieza de campaña francesa arrastrada para situarse en posición. Lucien Rousselot (1900-1992).



dividirse en artillería de a pie y artillería montada, creada formalmente esta última por Federico el Grande en 1759. En la primera, los artilleros y sirvientes iban caminando junto a las piezas, mientras que en la segunda todos iban montados. Esto les proporcionaba una movilidad considerable y eran esenciales para dar un apoyo cercano a los ataques de la infantería o la caballería.

Los tipos de proyectiles se dividían, a su vez, en tres tipologías:

1. *Bala de cañón*. Eran bolas esféricas de hierro fundido (bala rasa) que tenían diferentes tamaños y pesos, según el modelo de cañón. El impacto en una formación de infantería o caballería provocaba desgarros, desmembramientos o descazamientos y era más dañino en suelo seco, al ir rebotando la bala por el suelo e ir alcanzando a un mayor número de hombres o animales. También era más letal en una formación en columna que en fila.
2. *Bote de metralla*. Utilizado en la corta distancia era muy peligroso, ya que tras su disparo el bote de estaño se abría y esparcía unas balas esféricas de fusil –en torno a ochenta aproximadamente– o trozos de hierro que impactaban en las formaciones abriendo grandes claros. A veces se utilizaban también piezas de madera rellenas de balas de fusiles.
3. *Granada*. Solía ser un tipo de proyectil hueco relleno internamente con pólvora que tras la deflagración explotaba al impactar y destruía una amplia zona adyacente. Era el que habitualmente se utilizaba en obuses. Los morteros solían disparar la llamada bomba, hueca también pero con resalte en la boquilla, espoleta y un calibre mayor que la granada.

El disparar un cañón implicaba un número fijo de pasos que los artilleros debían ejecutar regularmente, para tener una cadencia de tiro óptima. Cada uno de estos pasos era importante, ya que si se saltaba alguno por imprudencia o manejo inadecuado, podía provocar la explosión o inutilización del mismo. De ahí la obligación de ejercitar la carga y el disparo del cañón de forma habitual por los servidores. Básicamente se introducía un cartucho de pólvora en la recámara del cañón mediante un atacador. Luego se deslizaba el proyectil y se taponaba con un taco de estopa. El siguiente paso era agujerear el cartucho. Más tarde se cebaba el oído del cañón con pólvora y se procedía finalmente a la ignición de la mecha mediante el botafuego. Una pieza de cuatro libras podría disparar hasta dos veces por minuto, mientras que en ese mismo tiempo, una de doce libras lo haría una única vez. Los alcances variaban según el modelo pero una pieza de doce solía disparar sus balas de cañón a una distancia efectiva de entre ochocientos y mil metros; el bote de metralla entre seiscientos y ochocientos metros y la granada a unos quinientos metros. Las piezas de ocho libras disparaban sus balas a alrededor de setecientos y novecientos metros; el bote de metralla a unos quinientos o setecientos metros, y la granada a unos cuatrocientos metros del blanco seleccionado. Finalmente, para servir una pieza de doce libras hacía falta una dotación de unos quince hombres y seis caballos de tiro; en las de ocho libras se reducían esos números a unos trece hombres y cuatro caballos.

A continuación, vemos una tabla con algunas características de las piezas más representativas del sistema francés, según Ernest Picard:

Modelo	Calibre	Longitud de la pieza	Peso de la pieza	Peso del proyectil
4 libras (campana)	84 mm	1,57 m	290 kg	2 kg
8 libras (campana)	106,1 mm	2,00 m	580 kg	4 kg
12 libras (campana)	121,3 mm	2,29 m	880 kg	6 kg
Obús de 6 (campana)	165,7 mm	0,76 m	330 kg	11 kg
Obús de 8 (plaza)	223,3 mm	0,94 m	540 kg	21 kg
Mortero de 12 (sitio, plaza y costa)	324,8 mm	0,81 m	1.540 kg	72 kg
Cañón de 24 (sitio, plaza y costa)	152,7 mm	3,53 m	2.740 kg	12 kg

Fusiles y cañones se cobraban la mayoría de las cuotas de mortandad en una batalla de la época, pero nos queda mostrar otro tipo de armamento



Pierre Joseph Bourcet

1793 los aliados se estructuraron en base a los llamados contingentes. Tampoco podemos olvidar que el ejército austriaco de estos tiempos planeaba sus operaciones ofensivas en base a las denominadas columnas, un concepto táctico que ya habían probado con éxito en la batalla de Hochkirch de 1758. No así en las batallas de Fleurus de 1794, Rivoli de 1797 o Primera de Zúrich 1799, donde volvieron a utilizarlas como pequeños ejércitos independientes, aunque con peores resultados.

Parecido a lo que también ocurría desde el principio de las Guerras revolucionarias con el concepto de «alas», quizá lo más parecido al anterior concepto de cuerpo. El francés Jean Victor Marie Moreau (1763-1813) o los mismos austriacos fueron seguidores de este sistema al organizar alguna vez sus ejércitos en ala izquierda y ala derecha, muchas veces apoyadas además por un centro y una reserva. En el período napoleónico se aumentó este concepto de ala a una formación que unía a dos o más cuerpos del ejército al mando de un general o mariscal, como por ejemplo sucedió en el ejército ruso durante la campaña de 1812, o a los franceses de Napoleón en la campaña de 1815.

El cuerpo, como dice Wasson, se componía de todas las armas, era autosuficiente, y podía luchar por su cuenta hasta que otros cuerpos pudieran unírsele en la batalla. Estaban organizados con un cuartel general que disponía de dos a cuatro divisiones de infantería, más sus propias unidades de



Caballería pesada francesa.
8.^a Línea (*cuirassiers*), jinete con el
primer modelo de coraza, finales
de 1801. Pierre Benigni
(1878-1956).

de peto y espaldar les ofrecía cierta protección en el combate cercano. Más caros de mantener y equipar que el resto, en batalla eran empleados para cargar en grandes masas. Francia tenía uno solo en 1792, los *cuirassiers du roi*, pero hacia 1799 ya había incorporado cinco más. Con el propio Napoleón ganaron en prestigio y número, llegando a los trece en total (hubo dos más que se disolvieron en 1814). Austria era otra de las potencias que apostaba por ellos y al principio de la etapa revolucionaria contaban con nueve regimientos, que pasaron a doce en 1798 para ser reducidos a ocho en 1802. Rusia contaría con cuatro de ellos desde 1786 (otras fuentes citan seis) y Prusia, aunque en teoría tenían trece regimientos nominales de *kürassiers* cuando estalló la Revolución francesa, no llevaban coraza. Gran Bretaña, España o Portugal nunca contaron con regimientos de este tipo en este período.

Por su parte, los granaderos a caballo eran un cuerpo de élite armado al principio con espada recta, mosquetón y pistolas. Su creación parte de 1796 como guardia del Directorio (Emir Bukhari sitúa su nacimiento en 1799). Ampliados luego sus escuadrones por Napoleón, alcanzarían con él gran reconocimiento como miembros selectos de la Guardia Imperial. Algunos autores los consideran parte de la caballería de línea,

tienen su origen en las tierras húngaras donde eran conocidos como bandidos o *huszár* y defendían ese territorio de los turcos otomanos durante el siglo xv. Iban vestidos con su traje nacional lleno de bordados, encajes y cordones que luego se trasladó al *dolmán*, además de una pelliza o *pezl* de piel de lobo sobre su hombro izquierdo para cubrir esa zona de los tajos y estocadas de sus enemigos. Extendidas por toda Europa durante los siglos xvii-xviii, solían ir armados con un sable curvo y pistolas; Francia creó su primer regimiento en 1692 y para 1791 contaban con seis regimientos, aumentados a doce en 1798. Austria, según Nagy, contaría con nueve en 1792 para llegar a doce regimientos de húsares en 1801. Prusia tendría diez regimientos en 1786 y Rusia, tras ser creados los primeros en 1742, poseería ocho (nueve según otras fuentes) en 1796. Gran Bretaña no los tendría hasta las Guerras napoleónicas, junto a los tres creados por la KGL, pero por su parte y según Philip Haythornthwaite tendrían hasta veintisiete regimientos de dragones ligeros como los verdaderos representantes de su caballería ligera. Una tipología de unidad que también incorporó Austria con seis regimientos que luego serían reconvertidos en *chevau-légers* en 1801.

Los *chasseurs à cheval*, cazadores a caballo franceses, fueron creados por Napoleón en 1796, según Bukhari. Muy numerosos, alcanzaron en 1798 los veintidós regimientos. Armados con sables ligeramente curvados, carabinas y pistolas tuvieron una continua rivalidad con sus compatriotas húsares por ser los más valientes y osados. A menudo, esas ansias de gloria acababan en duelos personales entre ellos.

Es posible que los lanceros fueran utilizados por vez primera en Crimea nombrados como *oghlan*, tropas de la baja nobleza de los Khanes armadas con una lanza. Ese nombre derivó más tarde en *uhlan* o ulano. Polonia, al tener contacto con los tártaros, fue la primera nación europea que los adaptó y en sus filas alcanzarían gran fama. Llevaban el *czapka* o gorro con la parte superior cuadrada, la *kurtka* o guerrera y una faja típica en la cintura. Francia, según Smith, creó un 1.^{er} regimiento de lanceros en 1734, en tiempos del mariscal de Sajonia, para ser disuelto en 1750. La travesía por el desierto terminó en 1809 con Napoleón, al incorporar esta arma a su regimiento de *chevau-légers* de la Guardia Imperial creado dos años antes. En la época revolucionaria e imperial los franceses se ayudaron de las tropas polacas. En 1799 se creó la Legión del Danubio, que tuvo una participación destacada en la campaña alemana de 1800 con Moreau. Más tarde una parte sería enviada, junto a muchos otros de sus compatriotas, a recuperar la isla de Santo Domingo, en 1802. De los cinco mil polacos enviados allí sólo regresaron trescientos. Los ulanos fueron utilizados por Prusia desde una fecha tan temprana como 1704

Capítulo 3

Tácticas y estrategias

La táctica es el combate y la estrategia toda la guerra antes y después de él.

A. H. Jomini

Esa frase de Antoine-Henri Jomini (1779-1869) que abre este capítulo es algo simplista, aunque define el sentir habitual en la historia militar sobre ambos conceptos. El teórico Dietrich Heinrich von Bülow (1757-1807) afirmaba que «el arte de la guerra tiene dos ramas: la estrategia y la táctica. La primera es la ciencia del movimiento de los ejércitos fuera del círculo visual». Se infiere que la segunda es aquella ciencia comprendida dentro de ese círculo visual. Carl von Clausewitz fue un paso más allá y criticó esta visión anterior basada en la geografía y las matemáticas. Para él, las «tácticas constituyen la teoría de la utilización de una fuerza armada en la batalla; la estrategia forma la teoría de la utilización de la batalla para los objetivos de la guerra». Además, su análisis no sólo se basaba en distancias y topografía, sino que añadía otros elementos ajenos a la teoría de Bülow: la psicología o el proceso mental de los mandos contendientes, y la moral o el espíritu o confianza en la victoria de las fuerzas. Si en Bülow el ejército enemigo parte de unas bases fijas y de unos movimientos para conseguir un objetivo planificado, el estudio de Clausewitz abraza también lo anterior, aunque no se limita a analizar a este enemigo estático en su pensamiento y, por lo tanto, su variabilidad o capacidad de respuesta es mayor y más realista en la conducción de una guerra al tener en cuenta esos otros anteriores elementos impredecibles.

Las corrientes posteriores marxistas sobre estos conceptos, del general francés André Beaufre o las anglosajonas del siglo xx aunque relevantes,



Jacques Antoine Hippolyte, conde de Guibert. G. Engelmann, Frontispicio de *Oeuvres dramatiques de Guibert*, Impr. Paul Renouard, 1825.

En su *Essai général de la tactique*, publicado en 1770-1772, y que tuvo ediciones en otros idiomas como el inglés o el alemán, abogaba por primar el papel de la infantería mediante la potencia de fuego (en contraposición a las acciones de choque que propugnaban Jean Charles de Folard o el mariscal de Sajonia en sus escritos) y por conseguir esa movilidad en base a la columna. Podemos definirla como aquella formación, pequeña o grande, cuyos soldados están colocados paralelamente entre sí, con más o menos espacio y siguiendo todos un mismo eje de avance o línea directriz. Según su objeto y simplificando algo este tema, la columna puede tomar diferentes designaciones:

- Columna de movimiento: para marchar hacia una posición o «punto objetivo» escogido.
- Columna de maniobra: para moverse o desplegarse bajo el fuego enemigo.
- Columna de ataque: para acometer a una posición o plaza fuerte enemiga.

Volviendo a la idea inicial de movilidad, Strachan resume muy bien su contenido al decir que «en todas las ocasiones, fuera al pasar por un terreno estrecho, retirarse frente a la caballería hostil o moverse antes de desplegar en línea, era indiscutiblemente necesaria la columna». También analiza a Guibert e indica que «en lugar de hacer marchar a la columna de maniobra hacia el campo de batalla, avanzando a lo largo de su frente y



Vidriera del mariscal Suvórov con sus tropas. Museo Suvórov, San Petersburgo (Rusia). Foto del autor 2011[©]

objetivo propuesto. Con esa inherente rapidez estará siempre en condiciones de sorprender a su adversario y desestabilizar su confianza. La última se refiere al planeado ataque decisivo y a la capacidad de poder golpear con violencia a su enemigo para que no pueda recuperarse de esa impetuosa ofensiva.

Cuando Suvórov tuvo oportunidades de destacar en el mando fue un innovador en táctica y operativa, además de realizar marchas asombrosas por su velocidad y distancia que cogían desprevenidos a sus enemigos. Una vez llegados a ese punto, sus decididos ataques –algunas veces muy temerarios y en desigualdad numérica– y su inquebrantable decisión de vencer solían derrotar a sus numerosos enemigos. De hecho y como dice Philip Longworth «ganó con demasiada frecuencia para considerarlo sólo suerte: él nunca perdió». La clave de muchas de sus victorias estaba en el entrenamiento intensivo al que obligaba a las tropas bajo su mando. Cuanto más fuerte fuera el entrenamiento, más sencillo sería obtener la victoria,



Archiduque Carlos.
Heeres-geschichtliches
Museum, Viena (Austria).
Foto del autor 2012[©]

en 1771 en la Toscana italiana. Fue un mando instruido a sí mismo en la milicia (es conocida su frase: *muß man sich selbst dazu bilden* [Las personas deben formarse por sí solas]) y muy competente, que brilló en las Guerras revolucionarias y las napoleónicas. No sólo luchó bien, sino que reformó el ejército austriaco durante estos años y todavía pudo escribir sobre el mismísimo arte de la guerra en su obra *Grundsätze der höhern Kriegs-kunst für die Generäle der österreichischen Armee* (*Principios generales del arte de la guerra para los generales del ejército austriaco*), publicada en 1806 y basada en su experiencia bélica anterior y en trabajos anteriores como *Guerra contra los nuevos francos*, de 1795 y en un análisis de la campaña de 1796.

El archiduque Carlos expresa en esa obra su repulsa hacia la guerra y cree que un estado o nación debe luchar por preservar la paz duradera, pues es el único modo de asegurar la felicidad a las naciones. Y en época



Napoleón Bonaparte durante la primera campaña de Italia, 1796. Óleo sobre lienzo de Édouard Detaille (1848-1912).

la caballería dice que debe estar situada «en el terreno en el que pueden actuar», casi siempre en las alas (flancos), salvo «unos pocos escuadrones de la misma que pueden ser estacionados detrás de la infantería que ocupaba el frente de la posición». Por último, menciona el uso de múltiples cañones (gran batería), algo que él mismo pudo ejecutar en Aspern. Esta batalla supuso un revés napoleónico al intentar cruzar el Danubio y posicionarse en fuerza en la otra orilla, ante la hostilidad organizada de los austriacos. El archiduque Carlos comenta que el cruce de los ríos, una operación siempre peligrosa, debe realizarse con el apoyo suficiente de artillería por si aparece el enemigo, intentando también la sorpresa o, si no es posible, enviando antes una vanguardia para reconocer el terreno.

La última figura humana también eclosionó –como el archiduque Carlos– en las Guerras revolucionarias. Fue ese gran genio que preconizaba Guibert y que «se beneficiará, por así decirlo, del conocimiento de toda la comunidad, creará o perfeccionará el sistema político, se pondrá a la cabeza de la máquina y le dará el impulso necesario para ponerla en movimiento». Ese hombre surgido de la revolución fue Napoleón Bonaparte. Tomó prestados los conocimientos de anteriores teóricos y mandos y los

Capítulo 4

Francia en peligro (1792-1794)

Todos los ejércitos de la República deben actuar ofensivamente, pero no en todos los frentes, ni con la misma cantidad de medios.

Lazare Carnot

Se presentía la guerra en París. La situación, a principios de 1792, estaba en calma tensa. La creencia en una intervención extranjera se había instalado con fuerza en Francia. Estos temores franceses estaban impulsados por la contrarrevolución de los emigrados y, sobre todo, por las opciones de intervención de Austria y Prusia. La muerte el 2 de marzo del emperador Leopoldo II con 44 años, el cual nunca tomó partido abiertamente por la invasión, hizo que subiera al trono su hijo Francisco II (1768-1835), que sería el último emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Ese cambio inesperado hizo que sucediera un cambio de gabinete en Viena, con la sustitución del moderado Wenzel Kaunitz, y se ampliaran las opciones de los defensores de la guerra. En principio, Austria podía levantar un ejército de casi 360.000 hombres, aunque finalmente movilizaría a unos 230.000.

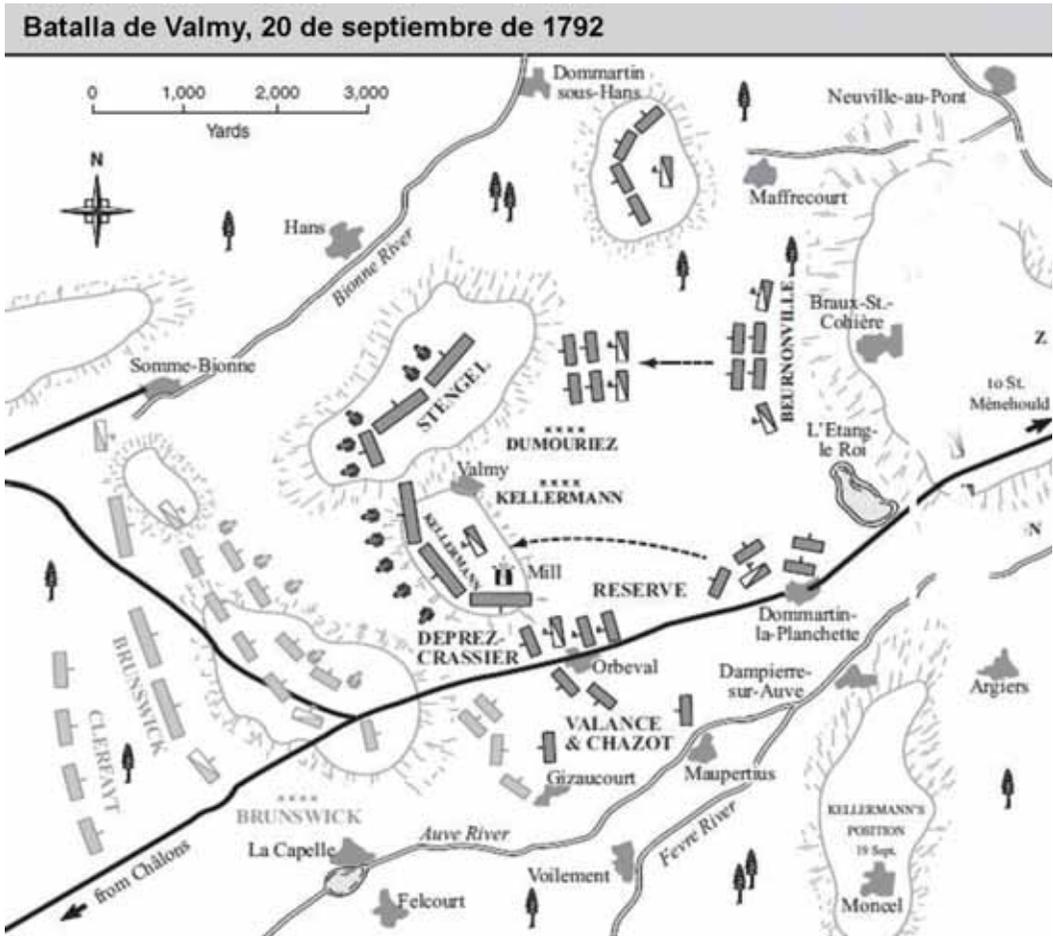
La Asamblea francesa seguía inquieta por los rumores de invasión extranjera. El 20 de abril de 1792 la Asamblea declaró que «la nación francesa se levanta en armas sólo para mantener su libertad y su independencia; que la guerra a la que se ve abocada no es de ningún modo una guerra de una nación contra otra, sino la legítima defensa de un pueblo contra la injusta agresión de un rey». Esas líneas sintetizan el sentir revolucionario y la percepción de justicia que tenían los revolucionarios en su cruzada frente a esa agresión externa. La guerra revolucionaria que activaron pretendía, en un primer momento, defenderse de los agresores para mantener



Charles-François Dumouriez.
Jean-Sébastien Rouillard,
siglo XIX.

su libertad e independencia. Son un tipo de guerras definidas por Sánchez Díaz como «aquellas formas de violencia armada organizada y motivada por ideología política o religiosa, tanto dentro de un Estado como fuera de él». En nuestro caso de estudio, una guerra de ciudadanos frente al despotismo del Antiguo Régimen. Una lucha de libertades frente a los viejos opresores que estaban conspirando desde el año anterior. La progresiva presión de esas potencias absolutistas alentada por la nobleza francesa emigrada y las súplicas encubiertas reales era demasiado fuerte y persistente como para no temerla y ofreció en 1792 la vía de escape necesaria para el incipiente radicalismo que se estaba generando entre la izquierda asamblearia francesa. Desde esta perspectiva, la guerra que iba a comenzar era inevitable.

Esa militarización de la política vienesa fue percibida por los franceses y, sobre todo, por su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Charles François Dumouriez (1739-1823). Este militar era veterano de la guerra de los Siete Años donde consiguió salir con el empleo de capitán; luego participó en la conquista francesa de Córcega y estuvo presente en la segunda batalla de Lanckorona (1771), como jefe de los rebeldes polacos que fueron derrotados por un ataque sorpresivo del ruso Suvórov. Con la Revolución francesa volvió a la actividad y le encontramos como un ferviente belicista acompañante de la política de los girondinos. Jugó un papel importante



Despliegue de fuerzas en Valmy, 20 de septiembre.

austriacas de Clerfayt y algunos miles de emigrados que no participarían de la acción. Los cañones eran los protagonistas de estas primeras horas de batalla y, de hecho, lo serían casi en su totalidad. Dumouriez, viendo el despliegue adelantado de su colega, ordenó que varios contingentes de sus fuerzas se acercaran y actuaran como reserva para apoyar ciertos sectores amenazados de la línea de Kellermann. En esa mañana, además, hubo algún intento francés abortado de sorprender a los prusianos por su retaguardia y de atacarles en su punto fuerte de La Lune, con las tropas de Chazot. Los mismos prusianos también habían intentado penetrar por debajo del molino de Valmy sin conseguirlo.

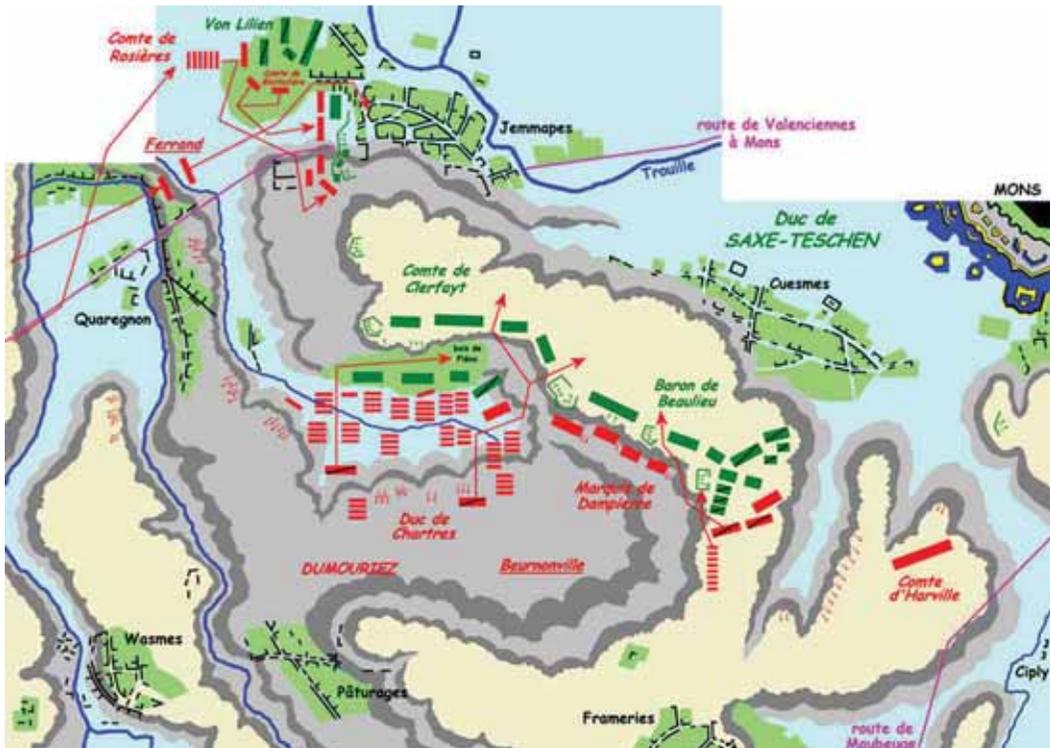
Hacia el mediodía, la niebla se había disipado y ambos rivales pudieron contemplarse. Los prusianos se quedaron bastante sorprendidos al ver una enorme masa de enemigos al frente y desplegados en un orden de batalla en forma de ele al revés, con una adecuada protección artillera a unos



Cuadro de la batalla de Valmy. Émile Jean-Horace Vernet, 1826.
National Gallery, Londres.

todos secundaron su opinión, aunque Clerfayt se estaba ya vislumbrando por detrás y al final se ubicaría a unos dos mil pasos de distancia de ellos. Serían las cuatro de la tarde cuando estaba cercana a terminar una de las batallas más decisivas y extrañas de la historia. Los prusianos y austriacos no se volvieron a mover amenazadoramente y Kellermann, tras consultarlo con Dumouriez, aprovechó para retirarse al amparo de esa lluviosa noche a otras posiciones en Dampierre y Voilement, es decir, donde quiso situarse desde un principio y la llegada imprevista de los prusianos se lo había impedido por la mañana. En este insólito día probó su valía como comandante.

Por parte francesa se contabilizaban unas trescientas bajas; los prusianos todavía menos, sólo 180, según Phipps. Cifras que expresan la poca mortandad de la jornada pero ¿cómo fue posible si estuvieron cañoneándose durante horas? Hay dos explicaciones sensatas, la primera puede ser la distancia a la cual se disparó, a todas luces excesiva para ser un factor decisivo; en el famoso cuadro de la batalla de Valmy realizado por Vernet y donde aparece a la izquierda el molino apreciamos la altura de la posición francesa y una línea de baterías que disparan a sus contrarios, muy alejados en la distancia. La segunda tendría que ver con el terreno empapado que impidió el dañino rebote de las balas de cañón. También debemos tener en cuenta que la infantería no combatió y la caballería sólo realizó unos intentos vanos para provocar cierto desconcierto. La batalla de Valmy fue



Despliegue de los ejércitos en Jemappes y ataques franceses.

doce o catorce kilómetros al oeste de Mons. Hay que señalar que en la avanzada francesa participó el duque de Chartres (1773-1850), participante en la anterior batalla de Valmy, llamado por sus contemporáneos el general Egalité y que sería el futuro rey de Francia en 1830 como Luis Felipe I.

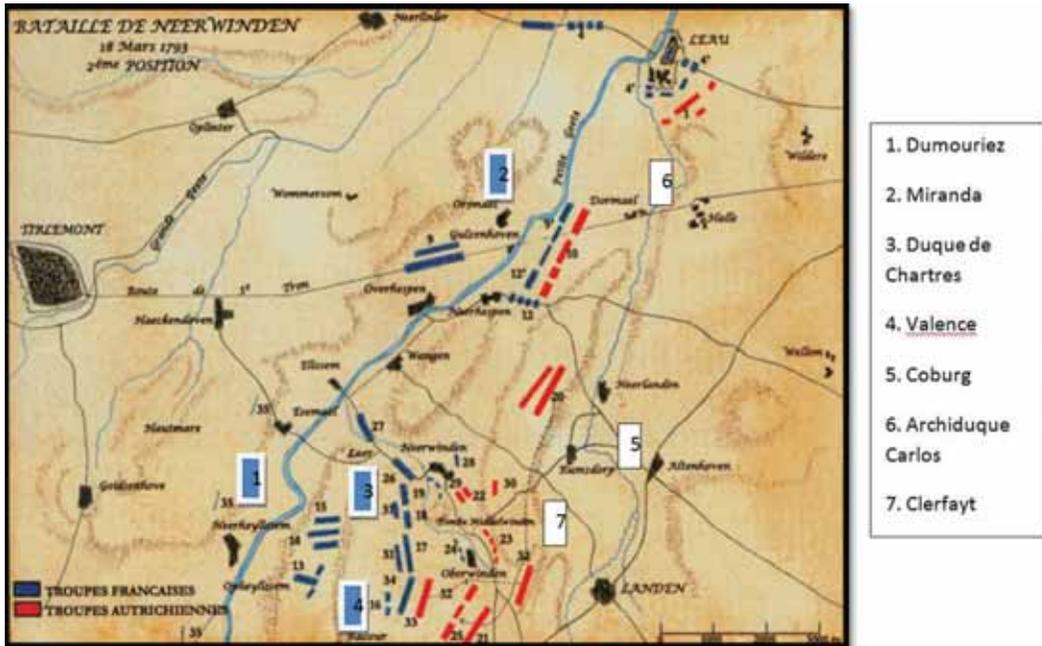
Ante el acercamiento de los franceses, el duque de Sajonia-Teschen había intentado comprimir su línea inicial para concentrarse en torno a Mons. Un movimiento sensato que, sin embargo, fue realizado sin las adecuadas urgencias. Esto iba a provocar que compareciera a la batalla con fuerzas muy inferiores en número a las de sus enemigos, incumpliendo una de las máximas militares más necesarias, el de presentarse con el máximo número de hombres disponibles en el campo de batalla. Es extraño que el duque –un cortesano amante de las colecciones artísticas y con poca experiencia bélica– no se retirara ante la disparidad de las fuerzas presentes. Puede ser que confiara en el profesionalismo de sus tropas, en la posición elegida, con fuertes desniveles, un arroyo que protegía parte de su posición y reductos construidos o, simplemente, que no quisiera abandonar Bruselas y el territorio belga sin luchar. Las fuentes antiguas hablan de 19.000 a 25.000 austriacos desplegados entre los seis kilómetros que iban desde los



Batalla de Jemappes 1792. Raymond Desvarreux (1876-1961). El general francés Dampierre alentando al ataque a sus tropas.

en las cercanías de Valenciennes al principio de la campaña de 1792; su futuro le llevaría a enfrentarse al mismísimo Napoleón en 1796. Esa noche del 5 al 6 de noviembre ideó un ataque nocturno por sorpresa para desconcertar a los franceses y quizá derrotarles, pero su opción fue desestimada. Esa sugerencia no era en absoluto descabellada y en la historia tenemos algunos ejemplos donde propuestas similares han sido realizadas por una fuerza en minoría. En este período encontramos esos movimientos, por ejemplo, en la batalla de monte Tabor de 1799, o en la batalla de Alejandría de 1801.

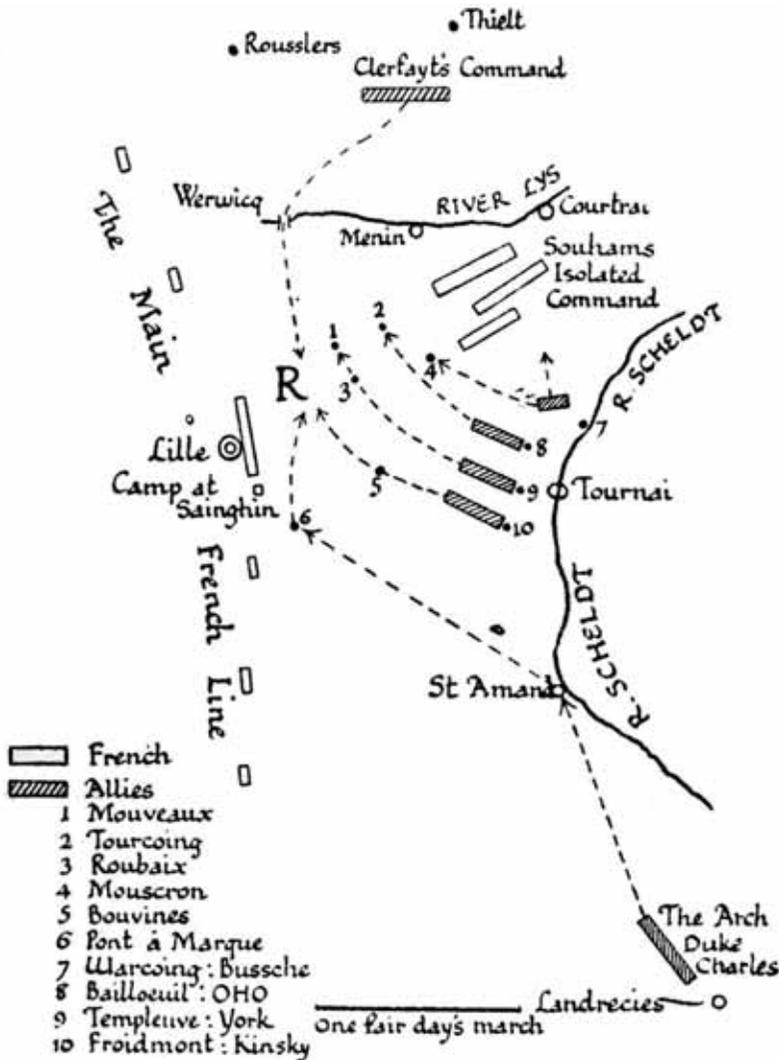
La batalla empezó pronto con un duelo de artillería, donde los austriacos tenían cierta ventaja por tener sus cañones sobre los reductos construidos y a una mayor altura del suelo que los franceses. Fueron unas cinco horas de cañonazos intermitentes mantenidos desde las siete de la mañana que hicieron que, al menos, parte de las tropas austriacas que estaban desplegadas en el llano subieran hacia los reductos. Mientras ocurría esto, Ferrand por la izquierda y con tibieza Beurnonville por la derecha intentaron romper las defensas austriacas sin resultados. Dumouriez, viendo el fracaso de ese doble envolvimiento, ordenó a Pierre Thouvenot que insistiera hacia Jemappes y tras un decidido ataque a la bayoneta consiguió rodear dicha población y flanquear a los austriacos. Esta es la versión que aparece en Thiers y que sigue Long, pero Smith no lo nombra en su orden de batalla y comenta que no es posible clarificar todos los detalles en las fuentes para confeccionarlo, aunque en la obra de Jomini *Histoire critique et militaire des*



Despliegue de fuerzas en Neerwinden el 18 marzo 1793 y ataques franceses.

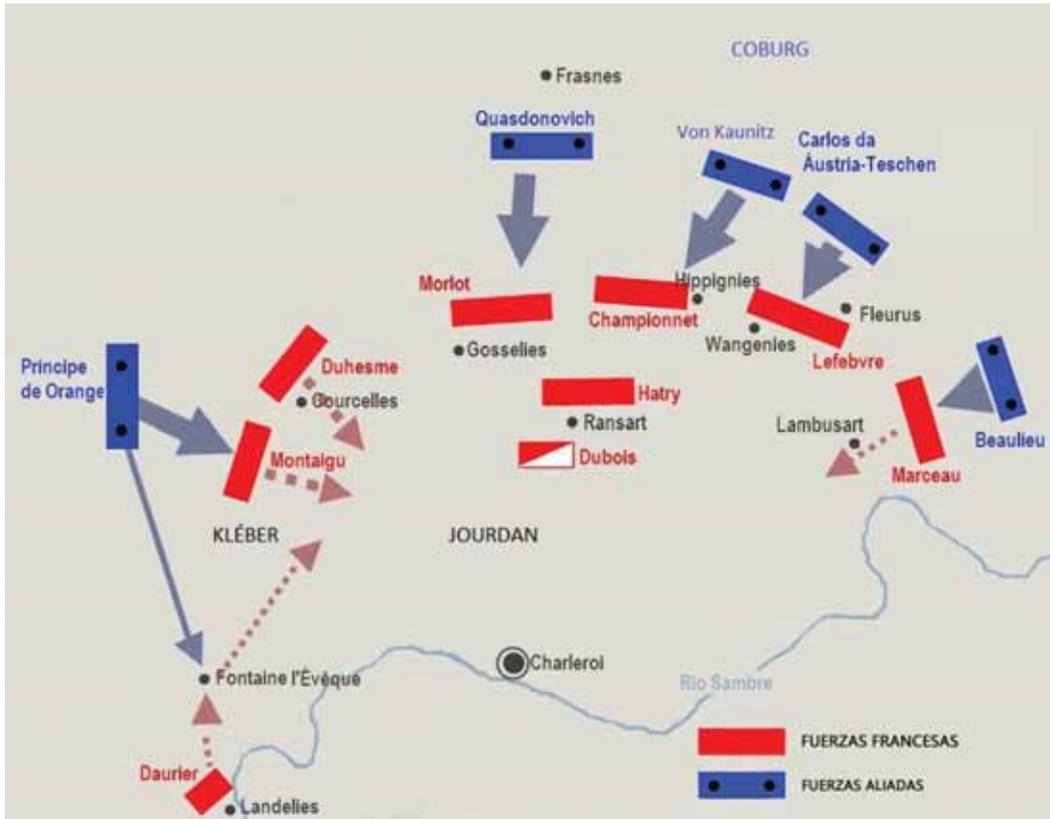
se posicionaron en torno a la localidad de Neerwinden, para esperar allí la previsible acometida de su fogoso rival. Se daba la casualidad que en esos mismos parajes pero cien años antes, el mariscal de Luxemburgo venciera al ejército aliado de Guillermo III de Orange parapetado tras fortificaciones de campaña; las maniobras francesas y sus asaltos dieron resultados, para dejar el golpe de gracia a la caballería que aplastó al final las defensas aliadas. Las 19.000 bajas aliadas por unas 9.000 francesas atestiguan el gran triunfo conseguido por Luxemburgo en esa primera batalla de Neerwinden (o Landen).

La batalla que se preparó el 18 de marzo de 1793 estaría bastante igualada respecto a los números de los contendientes. Los franceses llegaban con entre 40.000 y 47.000 hombres y los austriacos agrupaban entre 39.000 y 43.000 bajo el caudillaje de Coburg. Este mando tenía una adecuada experiencia marcial y su debut se produjo durante la guerra de los Siete Años, donde participó en batallas como Lobositz (1756), Breslau (1757) o Liegnitz (1760). Años después había colaborado con Suvórov como mando independiente para obtener dos grandes victorias ante los turcos, en las batallas de Focsani y Rimnik (ambas en 1789) y ocupar Bucarest. En Neerwinden dividió básicamente a su ejército en dos, con su ala derecha situada entre los pueblos de Doormaal y Leau al mando del archiduque Carlos, mientras que su ala izquierda se situaba entre Neerwinden



Plan de ataque aliado para Tourcoing. Fuente: Project Gutenberg-Hilaire Belloc

y cuando cuidara antes de la otra cuña que Pichegru estaba consiguiendo con su audaz movimiento y maniobra vencedora en la batalla de Courtrai (10-12 mayo). Los mandos aliados, una vez recuperados de este inesperado hecho recuperaron la calma y vieron que, en verdad, se les presentaba una formidable oportunidad de copar a la fuerza aislada de Souham en Courtrai. Pichegru no había previsto la trampa en la cual había metido a su subordinado porque ahora las fuerzas aliadas rodeaban casi sin querer y por tres lados a Souham. Tanto él como Souham se creían seguros en esa posición adelantada porque las tropas de Clerfayt eran menores en número y el grueso aliado estaba alejado en Landrecies. Es curioso cómo, en ocasiones, el vencer en una batalla puede ser hasta contraproducente y acarrear serios



Ataque de los aliados a las posiciones francesas en Fleurus.

y en otras imperiales posteriores. Nos referimos a Ney, Richepanse, Grenier, Lecourbe, Kléber, Mortier, Bernadotte o Soult.

Las operaciones de este renovado ejército comenzaron a finales de mayo. Su objetivo era la localidad de Charleroi, puerta de entrada a Bélgica, la misma que utilizaría Napoleón en su última campaña para invadir Bélgica con su *Armée du Nord* en 1815. Y de ahí dirigirse a Namur y Lieja, esto es, a intentar taponar la línea de comunicaciones y de retirada principal de los austriacos hacia el Rin. La importancia que el Comité de Salud Pública daba a esta empresa era máxima, pues acompañando al ejército como su representante —una costumbre desde hacía meses— iría una de sus principales y más temidas figuras, Saint-Just, el Ángel de la Muerte. Contaban con unos 96.000 hombres que se enfrentarían primero en esa zona de operaciones central a unos 33.500 hombres al mando del conde Von Kaunitz —luego sustituido por el príncipe de Orange— y un poco más al suroeste el grueso de 65.000 hombres al mando de Coburg, que estaba en Landrecies. Clerfayt y el duque de York estaban a la derecha de él con unos treinta mil hombres, aunque estaban demasiado alejados hacia Ostende. Junto a esta



MAUZAISSE, Jean-Baptiste. *Jourdan en la Batalla de Fleurus* (1837). Versailles (Francia). En segundo plano y entre el humo se divisa el globo de observación manejado por los franceses.

interiores. Jourdan, también con más fuerzas, se mantendría a la defensiva durante el día en los sectores amenazados y se encargaría de concentrar y contraatacar con ventaja utilizando sus líneas interiores, parecido a lo que el propio Napoleón hizo en el segundo día de la batalla de Dresde, 1813. En Leipzig, en 1813, las columnas aliadas atacaron de manera convergente a la posición de Napoleón, semejante a lo que Coburg pretendió hacer en Fleurus. Las diferencias fueron que las columnas aliadas en Leipzig eran de un tamaño mayor, no necesitaban casi soporte mutuo y contaron así con la superioridad numérica sobre las tropas de Napoleón. En Fleurus ya sabemos que no fue así.

La segunda batalla –o tercera si contamos en esta relación la de 1690– empezó a las tres de la mañana y continuó hasta las siete de la tarde del 26 de junio, esto es, quince horas de lucha furiosa y, en ocasiones, desesperada para los franceses. El sector de Kléber fue atacado por Orange al cruzar el arroyo cercano a Piéton y a las diez de la mañana estaba retrocediendo más allá de Courcelles. La comprometida situación que amenazaba con dejar todo el flanco izquierdo francés abierto fue solucionada por un pertinente

Capítulo 5

Los límites de la Revolución (1795-1797)

¡Joven héroe! Recibe nuestras lágrimas.
Letra del himno por el funeral del general Hoche,
de Luigi Cherubini

La crucial victoria en Fleurus conseguida por Jourdan catapultó a los franceses hacia las miras expansivas que siempre habían concebido en los albores de la guerra. El ideario revolucionario de los primeros años estaba menos presente en el principal exportador de esa ideología, los ejércitos franceses, donde iba remitiendo esa ansia de revolucionar a Europa por una realidad territorial establecida en las ganancias de la propia guerra y sustentada por políticos más pragmáticos. Sus intenciones ofensivas externas marcarían los límites de una postura u otra. Para ello se organizaban ahora en torno a cuatro teatros: Pirineos, Holanda, Rin e Italia. Descartando el primero de ellos, donde nunca pretendieron realmente establecerse con más territorios, los otros tres brindaban unas expectativas territoriales que extendían sus límites naturales y les hacían proyectarse como la gran nación que deseaban. Ahora estaban en vías de resucitar los límites imperiales de Carlomagno y explotar económicamente otras tierras, aunque bajo otros ideales y circunstancias. A favor contaban con sus números movilizados (en 1795 todavía contaban con unos respetables cuatrocientos mil hombres, según André Corvisier), con una moral de victoria construida con sangre tras repeler los grandes peligros de años anteriores y, conjuntamente, con una aparente dirección política exteriorizada en el Directorio, tras las agitaciones y el Terror revolucionario del pasado.

Los inconvenientes para esta ordalía europea eran variados. Los gastos superaban a la recaudación y la crisis económica era palpable. El volcán



LELIEPVRE, Eugène. *Captura por los franceses de la flota de guerra holandesa en Den Helder* (s. xx).

Davis recoge otra versión más investigada por el holandés Johannes de Jonge. Según él, los franceses esa noche del 23 de enero comprueban que la flota está atrapada en el hielo. A la mañana siguiente, una partida de húsares se acerca al navío *Admiraal Piet Heyn* del capitán Reyntjes y este hecho tan extraño no queda reflejado en ningún informe posterior de ese mismo oficial. Lo que en realidad sucedió fue lo siguiente: cinco días más tarde de esa supuesta aparición de los húsares, los oficiales y soldados de la flota holandesa hicieron un juramento –similar al realizado en el puerto de Hellevoetsluis– para cumplir con las órdenes francesas de no navegar sin su autoridad, aunque conservando su pabellón y manteniendo la disciplina naval. Este juramento fue realizado en presencia de De Winter, que además llegó días después que sus tropas a Den Helder. Y aún aporta otra prueba de la entrega pactada de los navíos a los franceses. El 21 de enero, dos días antes de la llegada de las primeras tropas francesas, Reyntjes había recibido una orden del Consejo de Estado de Holanda de no atacar o resistir a las fuerzas francesas, es decir, estaba obligado a la rendición sin lucha. Refiere por último que no hay constancia cierta de hostilidades y que el hielo no permitía avanzar sobre él a una fuerza numerosa. El posterior ataque de la caballería francesa sobre el hielo pudo deberse a una jugada propagandística para silenciar estos pactos consensuados entre unos y otros, o por el simple orgullo de unos húsares muy dados a la exageración. Sea o no



Primera parte de la campaña italiana de Bonaparte, 1796. Batallas principales principales. Fuente: Times Books-Carlos Fernández-Victorio

otro punto y su mirada se fijó en la ciudad de Piacenza, a unos 82 kilómetros al este de donde se encontraba. Ese centro de operaciones reunía todo lo que deseaba y era ideal para ejecutar la maniobra sobre la retaguardia del enemigo. En los primeros días de mayo despachó las oportunas órdenes para realizar esta interesante empresa, con el propio río Po como cortina de maniobra.

El 7 de mayo las primeras tropas francesas conquistaban Piacenza y para el 9 de mayo todo el grueso del ejército había cruzado el río por ese punto. Había conseguido abrir la conquista de Milán con pocas bajas y precipitar la huida del enemigo hacia el este, pero no había alcanzado a tiempo la barrera estratégica situada en el río Adda y, por lo tanto, no había copado a las fuerzas de Beaulieu. Este veterano mando no había estado ocioso e intranquilo, por su retaguardia había enviado órdenes a su subordinado Liptay para que reforzase los cruces en Pavía y Piacenza desde el 4 de mayo. De ahí que, cuando recibiera las primeras noticias de franceses ocupando la segunda de dichas poblaciones, movilizara rápidamente a su restante ejército para escapar de la trampa, y Liptay incluso pudo detenerse peligrosamente en Fombio el 8 de mayo y esperar el subsiguiente ataque. Cuando un Bonaparte colérico llegó ante el puente de Lodi, el 10 de mayo al mediodía, los austriacos ya estaban en la otra orilla y defendían esa posición con unos diez mil hombres y doce cañones situados a ambos flancos.



Segunda parte de la campaña italiana de Bonaparte, 1796.

Fuente: Wikimedia Commons

cuando Bonaparte estuvo cerca de ser capturado el 1 de junio por un grupo de exploradores austriacos en los alrededores de la ciudad de Valeggio. Para su fortuna no ocurrió este acontecimiento y a partir de aquí se sucedieron los intentos austriacos por aliviar o levantar el asedio de esa prestigiosa fortaleza italiana. Desde finales de julio de 1796 y hasta enero de 1797 los austriacos realizarían cuatro grandes ofensivas hacia el inadecuado, para ellos, imán de Mantua. Bonaparte, por su parte, se encargaría de repeler magistralmente cada uno de ellos. Y lo haría de una manera original, al no aferrarse al terreno conquistado y esperando estático en un punto sino manteniendo siempre la movilidad de su ejército principal para golpear en el momento y lugar adecuados a las diferentes fuerzas de socorro que enviaron sus enemigos. Una especie de defensa estratégica elástica. Leamos brevemente cómo lo hizo.

Primer socorro (julio-agosto, 1796)

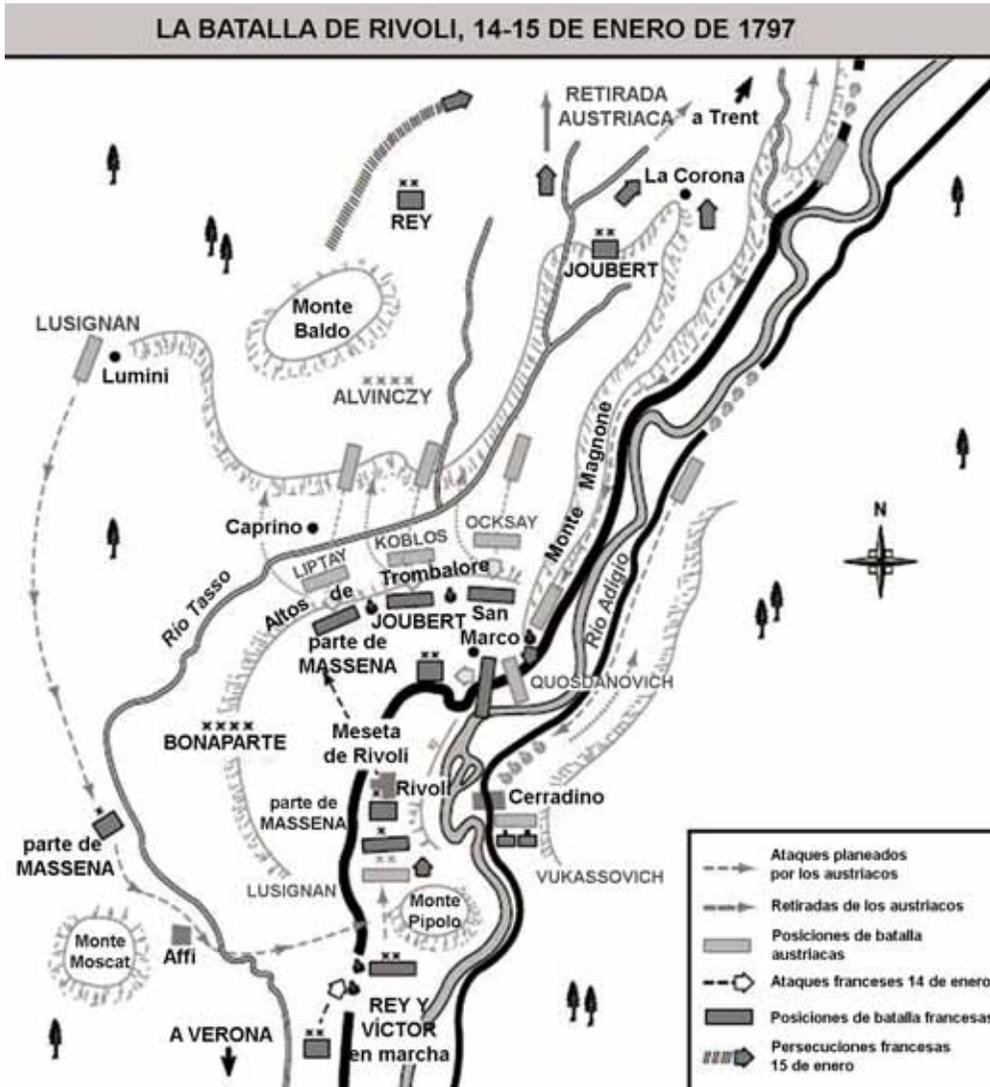
A finales de julio un nuevo ejército austriaco de 49.000 hombres bajo el mando de Wurmser –sustituto de Beaulieu– estaba listo para intentar levantar el sitio de Mantua. Venía del teatro alemán. Avanzó desde el



Batalla de Arcole. Barón Louis Albert-Guislain Bacler d'albe (1803). Se aprecia el puente de pontones usado por los franceses para atacar las posiciones austriacas.

«Italia puede estar perdida». Unos días después y viendo que Alvinczi se acercaba a Verona, se percató de que podía aventurar un tercer ataque desde el pueblo de Ronco y cruzando el río Adigio. Es decir, planeaba atacar saliendo desde Verona con entre unos dieciocho y veinte mil hombres la retaguardia de Alvinczi y cortar sus comunicaciones por Villanova, un ataque indirecto de envolvimiento por el flanco izquierdo (sur) de los austriacos. El 15 de noviembre comenzó una angustiada lucha de tres días por derrotar a Alvinczi en las inmediaciones del pueblo de Arcole. Era todo o nada.

Los movimientos y maniobras de Bonaparte fueron audaces y, finalmente, tuvieron el éxito de la victoria el 17 de noviembre. Alvinczi luchó siempre en las condiciones que dictó Bonaparte y sin poder desplegar su teórica superioridad numérica (sus totales se cifran entre 18.500 a 24.000 hombres) en ningún sector del complicado terreno pantanoso, con campos de arroz y cruzado por dos ríos donde se combatió. Dejó entre 6.200 y 7.000 bajas y once cañones, y no consiguió unirse al ejército de Davidovich, ni divisar siquiera Mantua. Un claro fracaso a la vista de cómo iba de bien este tercer intento para Austria. Bonaparte había conseguido su victoria más complicada —con unas 4.500 a 4.800 bajas francesas, incluyendo a ocho de sus generales muertos— y es meritorio decirlo porque venía de soportar dos descalabros consecutivos y estuvo muy cerca de la derrota total. Él mismo escribió a Carnot dos días después diciendo que «nunca un campo de batalla ha sido tan disputado como en Arcole». Si Davidovich o Wurmser hubieran atacado antes del día 15, es muy posible que Bonaparte hubiera perdido otra vez Mantua. La inactividad en aquellas zonas y la



siete direcciones de ataques simultáneos y les funcionó. Y en la batalla de Maxen (1759) se aproximaron al enemigo prusiano con cuatro columnas a la vez. Aquí dos columnas atacarían a lo largo de las dos márgenes del río Adigio y sin conexión mutua entre ellas, otras tres atacarían el centro de la posición francesa saliendo de un desfiladero y avanzando luego hacia una posición elevada donde les esperaban los franceses y, por último, otra columna independiente sería enviada a realizar un amplio movimiento de flanco para rodear y acometer a la retaguardia francesa. Lo que consiguió este peregrino plan de ataque externo para copar fue darle el tiempo suficiente a Bonaparte y a sus generales –algunos de los cuales, como Masséna



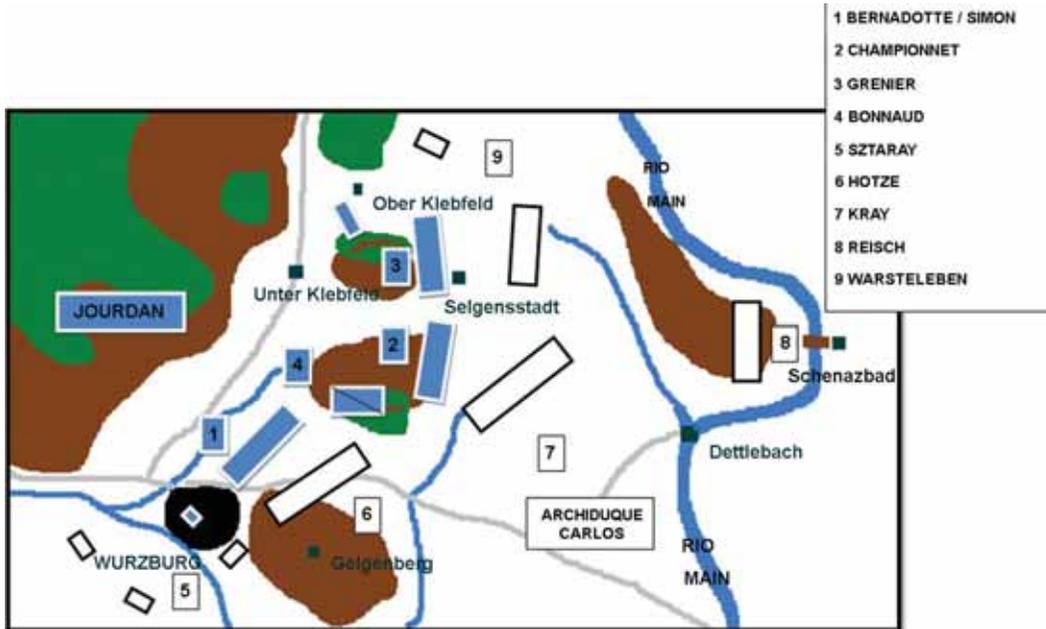
Batalla de Ettlingen, 9 de julio de 1796. Adaptado de: Wikimedia Commons.

ejército de Wurmser— que pudiera operar con ventaja en la zona sur. En algunas fuentes incluso se habla de una situación pactada de antemano entre Jourdan y Carnot al realizar esa retirada.

Para Carlos, en cambio, se abría un dilema. Siendo ahora el jefe único tenía a unos 151.000 hombres bajo su mando, pero sus rivales todavía eran fuertes: 77.800 hombres con Jourdan, y unos 79.500 hombres bajo el mando de Moreau. Si ambos llegaban a unirse le superarían en números y eso era algo que no podía permitir. Y si intentaba eliminar directamente a uno de ellos, el otro tendría el camino despejado para penetrar estratégicamente en dirección a Viena. Debía entonces moverse a cierta distancia de ambos, controlar sus movimientos y rutas y esperar el momento adecuado para contraatacar sin perder el objetivo de defender su capital. Le ayudaba para efectuar esa estrategia de contención activa su situación central e interna respecto a ellos dos.

El «regalo» del archiduque Carlos

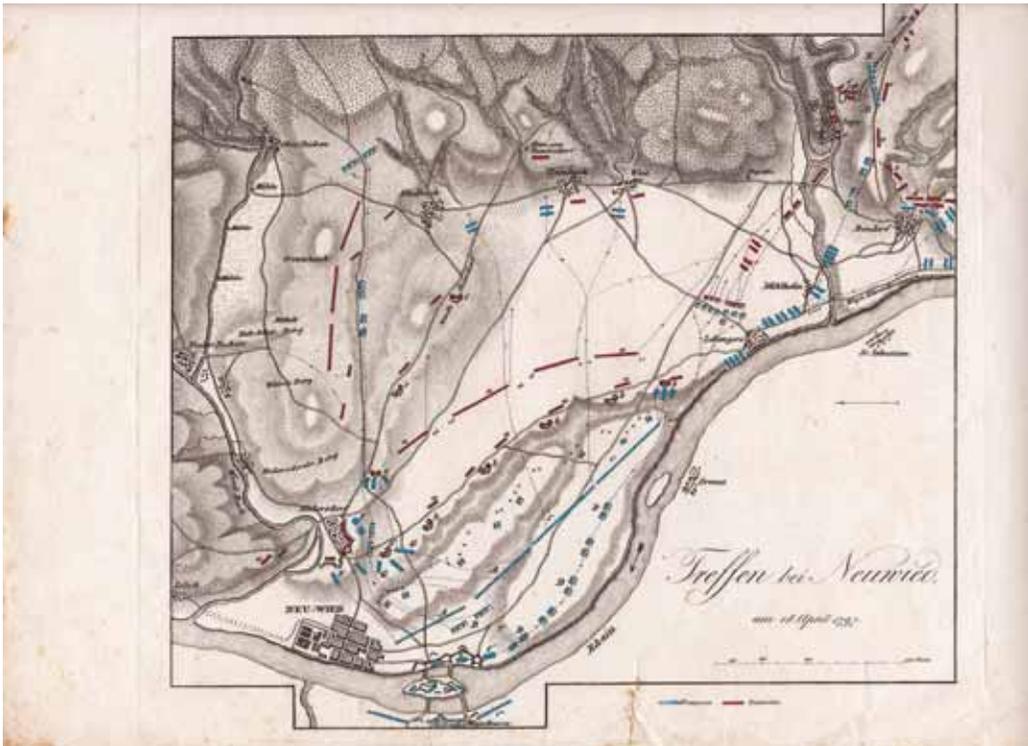
La segunda parte de la campaña alemana de 1796 se inició cuando Jourdan escuchó las noticias del control de Kehl por Moreau. Entonces decidió volver a cruzar el Rin por segunda vez y encaminarse hacia Fráncfort y más allá. En el victorioso combate de Friedberg del 10 de julio se le abre esa posibilidad de internarse por Alemania y en la batalla



Plano personal de la batalla de Würzburg, 1796.

Jourdan no tuvo otra opción que arrestarle y eso sentó muy mal a varios de sus camaradas, como Bernadotte y Claude Sylvestre Colaud (1754-1819), los cuales también renunciaron a sus puestos de jefes de división, según Charles Pajol. Esta infantil decisión iba a tener sus consecuencias en la inminente batalla que se avecinaba. Kléber no debió insubordinarse de esa manera.

La marcha retrógrada continuaba y el mediodía del 2 de septiembre la caballería de Bonnaud se adelantó ante Würzburg para comprobar que la guarnición francesa se había refugiado en la ciudadela y eran los austriacos los ocupantes de la población, algo que no estaba en absoluto previsto. Ese día hubo ya escaramuzas contra las tropas del ala izquierda del archiduque al mando de Friedrich von Hotze (1739-1799), un suizo al servicio de Austria que ya se había distinguido en Neresheim y ahora jugaría un rol prominente. A Jourdan se le planteaba un nuevo dilema. El sentido común, con la ruta de retirada por la población en manos enemigas, sus fuerzas todavía en orden de marcha y un campo de batalla encajonado por dos ríos le dictaba que no se detuviera y siguiera su retirada hacia el norte para situarse mejor. La honorabilidad del ejército y el ardor de sus tropas le revelaba que un nuevo repliegue ante el enemigo le podría dejar a los pies de los caballos y sin autoridad. Además, al luchar seguía manteniendo la ilusión de poder cooperar más tarde con Moreau y, en principio, confirmaría las órdenes del Directorio de no alejarse más hacia el oeste. Sí, estaba obligado a luchar,



Plano antiguo de la batalla de Neuwied, en 1797.

fuerza estimada de 57.416 hombres, según Saint-Cyr, mandados por el propio Saint-Cyr –izquierda–, Dufour –derecha– y Desaix –centro–. El plan esta vez no estaba tan claro, toda vez que el sueño de Bonaparte de confluir los tres ejércitos en Viena era irrealizable ahora, por la enorme distancia entre los mismos. Es por eso que el Directorio no presionó mucho a Moreau para apoyar a su colega en Italia y le dejó el tiempo preciso hasta que estuviera preparado. Finalmente decidieron que Moreau marcharía por el Danubio y Hoche le apoyaría sitiando las importantes plazas de Maguncia y Mannheim. Este rol secundario no iba con la personalidad de Hoche y propuso y consiguió que el Directorio cambiara de idea y fuera su ejército el encargado de cruzar primero el Rin, avanzar por Alemania e incluso asistir a Bonaparte, dejando las tareas de limpieza en la retaguardia para Moreau y su *Armée de Rhin et Moselle*, algo que a Desaix tampoco le convencía en absoluto. Las grandes personalidades empezaban a aparecer. En este juego de prioridades y objetivos, el Directorio volvió a cambiar de parecer y el 17 de abril pedía a Hoche que se ciñera a un plan muy parecido al de Jourdan en 1796, y eso le obligaba a prestar más atención a los asedios de las plazas del Rin que a Baviera.

Capítulo 6

Oriente y occidente (1798-1799)

Audacia, Coraje, Victoria, ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!

Final de una arenga de Alexander Suvórov

A comienzos de 1798 había dos destacadas fuerzas a las que no les interesaba quedarse en demasía estáticas. Una representaba al poder ejecutivo en la Francia republicana y la otra era una individualidad que ejecutaba algunos de sus planes. El Directorio y Bonaparte habían surgido de la guerra y la necesitaban más que nadie para sobrevivir. Los directores planeaban seguir alimentando al dios Marte con una nueva invasión de Gran Bretaña, sin poseer el dominio naval. A Bonaparte, ávido de acción, no le convenció la idea una vez visitados los puertos del Canal y la desdeñó por peligrosa para su persona aunque dijera aquello de: «Es demasiado arriesgado. No quiero poner a Francia en el peligro de una tirada de dados». En su lugar les propuso una expedición al electorado de Hannover, origen del linaje de los reyes ingleses desde 1714. Aunque no tomó forma y desapareció de su pensamiento. En su lugar apareció como destino un lugar mucho más evocador y exótico, más glorioso: Levante, una región del Mediterráneo Oriental que baña las costas de la actual Turquía, Siria y Egipto. Aunque la génesis de esta empresa oriental pueda estar en Charles Maurice de Talleyrand (1754-1838), uno de los más inteligentes personajes de la época y, a la sazón, ministro de Asuntos Exteriores por aquel entonces.

Lo que se pretendía hacer era también complicado de ejecutar y los medios para llevar a cabo semejante decisión serían numerosos. Les pidió unos treinta mil hombres, tres mil caballos, 1.500 artilleros con sus piezas, más los navíos para proteger a las embarcaciones para transportarlos, claro



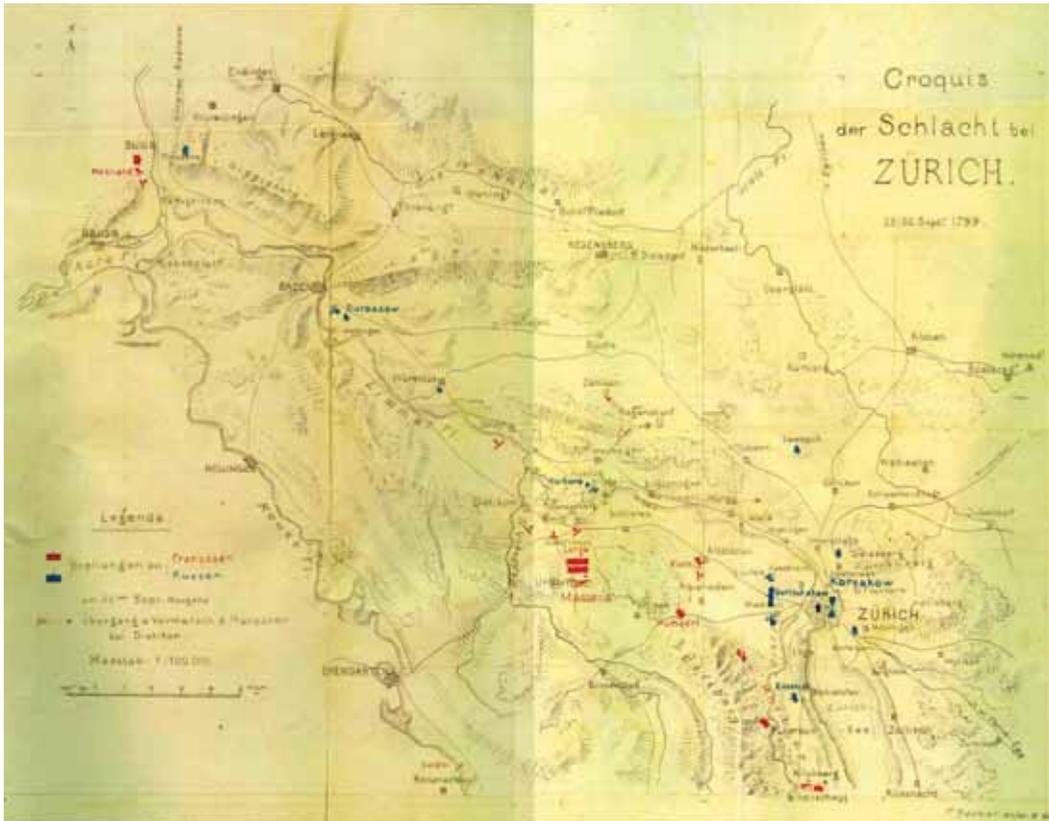
Grabado del asalto a Seringapatam. John Vendramini, 1802. British Library

eran habituales. El 5 de marzo penetraban en territorio enemigo por Vellore y para el 27 de marzo alcanzaban la localidad de Mallawali, es decir, unos trescientos kilómetros a un ritmo diario de casi catorce kilómetros, lo cual no estaba nada mal en esas condiciones y con un territorio devastado antes por la caballería ligera de sus enemigos (Wellesley era uno de los encargados de la logística basada, sobre todo, en columnas de suministros, un procedimiento que también utilizaría con éxito en la Península). El mismo 27 sufrieron un primer ataque en esa localidad por las fuerzas de Tipu saldado con una victoria clara para los británicos. Recuperados los británicos de esa sorpresa siguieron avanzando hacia la fortaleza de Seringapatam, principal objetivo militar de la invasión. El 5 de abril llegaron ante sus muros y los trabajos de asedio comenzaron con presteza para poder evitar los monzones que dejarían el terreno impracticable, con la probable subida del nivel del río Kaveri que rodeaba a la fortaleza situada en una isla fluvial. Como curiosidad he de indicar que en la noche del 5 de abril, Wellesley sufrió un pequeño revés –de los pocos en su larga carrera– en la acción de Sultanpet Tope, debida a los efectivos cohetes de pólvora locales (producidos en hierro y sujetos a una vara de bambú, con un alcance efectivo de hasta 900 metros) empleados contra sus fuerzas y el fuego de fusilería, según Forrest. Algunos de sus enemigos



Plano batalla de Novi 1799. Fuente: napoleon-series.org

el momento del ataque había pasado para sus rivales. Serían ellos los que tomarían la iniciativa al día siguiente. Para ello concentró sus tropas de la siguiente manera: los rusos de Bagration y el general Miloradovich en su centro y frente a Novi. Y las reservas de Derfelden, más atrás. A su derecha estarían los austriacos de Kray y en la retaguardia, bastante alejados, los de Melas. Una disposición táctica en profundidad y algo descompensada que percutiría por el centro y el lado izquierdo de la *línea de batalla* rival. La batalla comenzó muy pronto, en torno a las 5:00 am. El ala de Kray atacaba resueltamente hacia Pasturana. Su acometida de tres horas estaba resultando infructuosa y, al final, tuvieron que volver a sus posiciones



Plano de la segunda batalla de Zúrich.

fuerzas. Afortunadamente para él, Korsakov estaba confiado en su posición y no tomó las medidas adecuadas para prevenir un ataque francés, en ningún momento. Estaba bastante extendido por el Limmat y en verdad, con las fuerzas que disponía no se podía evitar el cruce. Si llega a convencerse de eso, igual hubiera actuado más defensivamente (incluso ser puesto a sitio en torno a Zúrich) y, sin duda, hubiera dado tiempo a la llegada decisiva de Suvórov.

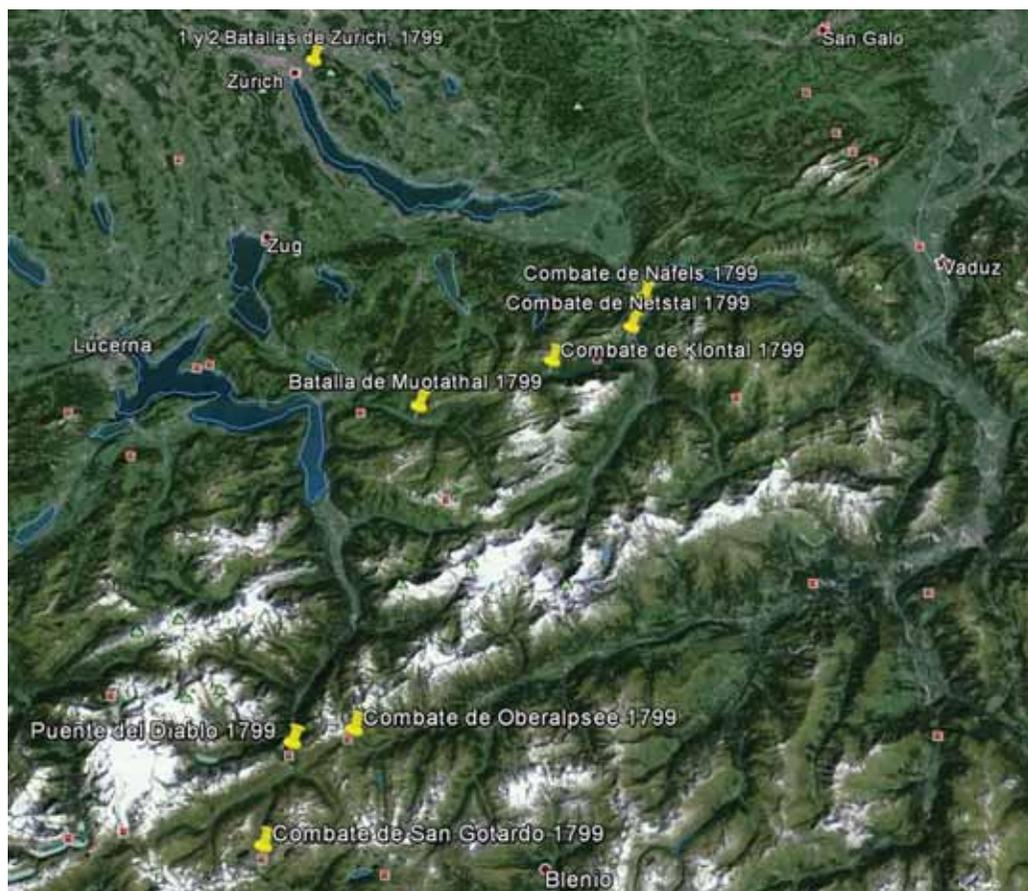
Por su parte, Masséna buscó la superioridad local y concentró una enorme masa de efectivos para el cruce. De su fuerza disponible, ubicaría un 55% para esa operación fluvial, mientras el 45% restante apoyaría ese ataque con una acometida directa hacia los muros de la ciudad. Pongamos un ejemplo más clarificador. En la zona del cruce elegida por Masséna (en un meandro del río entre las poblaciones de Dietikon y Schlieren) se enfrentarían los 16.500 hombres de la reforzada división de Lorge, frente a una brigada rusa comandada por Markov de unos 2.400 hombres. No debemos olvidar tampoco que se produciría también otro ataque secundario al unísono por parte de Soult, en el sector austriaco defendido por Hotze.



Masséna en la Segunda batalla de Zúrich, 1799. François Bouchot. Versalles (Francia).

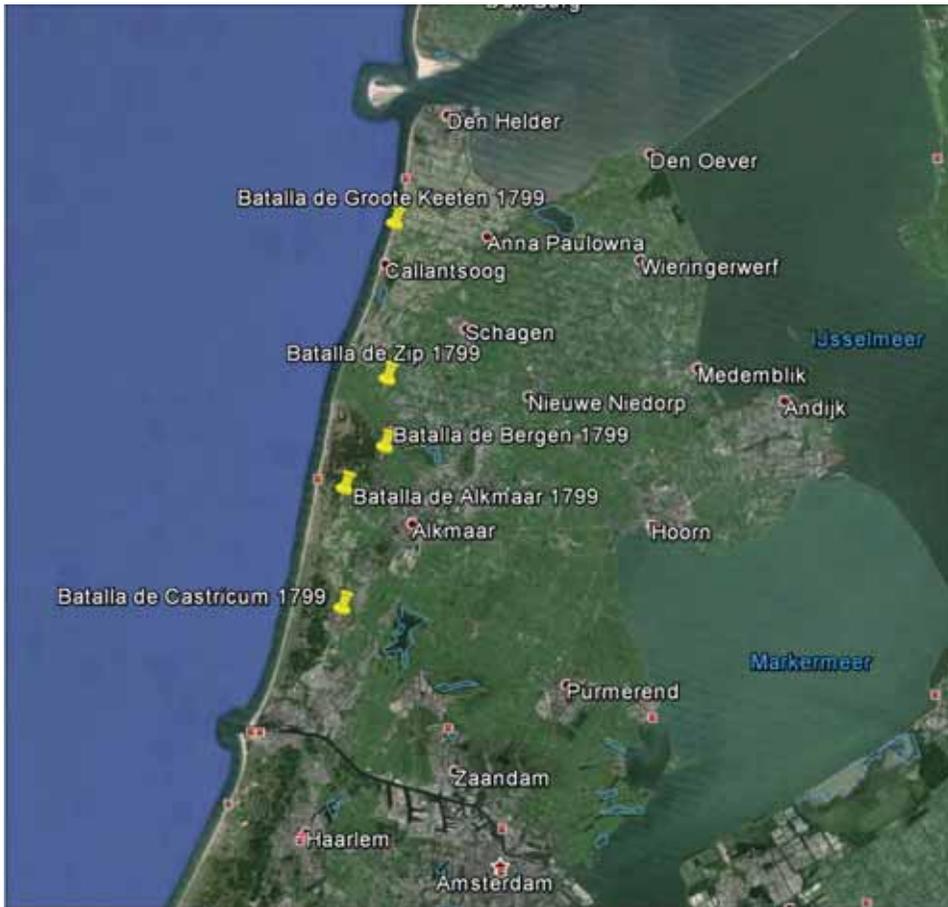
gran victoria llegaron a una Francia necesitada de buenas noticias y todos le aclamaron como el «Salvador de la República» para, posteriormente pasar a ser el «Salvador de Francia». Thiers, comentaría que Zúrich supuso «la gloria eterna a Masséna, al ejecutar una de las operaciones más admirables en la historia de la guerra, y que nos salvó en un momento más peligroso que el de ¡Valmy o Fleurus! Zúrich es la joya más brillante en la corona de Masséna». Jomini también alabó sus maniobras en esa batalla, así como su rival ausente, el archiduque Carlos. Fue una de las más grandes victorias del período revolucionario y, por sí sola, estabilizó la posición francesa en el Continente.

Hay algunas batallas, para sus contemporáneos y colegas, que tienen una irradiación social mayor que otras, ya sea por sus audaces movimientos, sus épicos episodios, la participación de algunos personajes icónicos, el gran número de bajas, su significado histórico o por la importancia de lo que estaba en juego. La segunda batalla de Zúrich (existió un fallido ataque de Korsakov y el archiduque durante el 17-18 de agosto de 1799 que para algunos es la verdadera segunda batalla y esta sería la tercera), para los franceses, se enmarca dentro de este selecto grupo. Que 38 años después, el rey



Campaña de Suvórov en Suiza. Principales combates Fuente: Google Earth

Esa aproximación planeada a Suiza estaba siendo algo más lenta de lo previsto y todo por no disponer de suficientes mulas para transportar su impedimenta, munición y comida. Para el 15 de septiembre Suvórov se establecía en la bella localidad suiza de Bellinzona y el 17 de septiembre escribía al zar Pablo que seguía sin aparecer un solo animal. Sin el concurso de esas bestias de carga prometidas por los austriacos era complicado iniciar un asalto a los pasos alpinos, ya que los rusos no vivían del pillaje que instauró Bonaparte en su campaña de 1796 y mucho menos bajo el mando del respetable Suvórov. Necesitaban una salida a ese estancamiento y decidieron utilizar los caballos de los cosacos que les acompañaban para ese fin —unos 1.500—. Para el 21 de septiembre, los aliados —amplia mayoría de rusos— se volvían a mover pero quizá ya era algo tarde. Eran unos 21.285 hombres organizados en una vanguardia (Bagration), dos cuerpos (Derfelden y Rosenberg), más artilleros e ingenieros, según Duffy. Subiendo hacia los Alpes Suvórov dividió a sus fuerzas en dos, teniendo Rosenberg la



Mapa de las principales batallas de la campaña de Holanda, 1799.

Fuente: Google Earth

Moore (1761-1809, conocido luego por su campaña en España y muerte en la batalla de Elviña) tomaron Den Helder y el 30 de agosto, la flota de guerra báltava –ocho navíos, tres fragatas y una corbeta– se rindió amotinada y sin disparar ni un cañonazo.

Con los británicos ocupándose en fortificar su cabeza de puente, Brune, al mando de todas las tropas en Holanda, reunía a sus fuerzas y acercaba su frente estratégico hacia sus enemigos, pues sabía que los rusos no habían desembarcado aún. Con unos 21.000 efectivos, siete mil de ellos franceses, y en tres columnas intentó desalojar a las tropas británicas de Abercromby en Zyp o ZyperSluis, un 10 de septiembre. Antes del ataque, los británicos fueron avisados y pudieron repeler a sus atacantes desde sus fuertes posiciones que incluían diques y varias poblaciones. De mil a dos mil bajas para Brune, por sólo unas doscientas los británicos. Al no derrotarles, a Brune ahora le tocaba pasar a defender el terreno que ocupaba. Lo peor fue



El general Bonaparte en el golpe del 18 de brumario. François Bouchot, 1840.
Versalles, Francia.

de su hermano Luciano –Presidente del Consejo– y de Murat («¡Ciudadanos, estáis disueltos!», dijo en aquella ocasión) con sus granaderos salvó la esperpéntica situación creada y con ese golpe de efecto se puso fin al Directorio. En su lugar se estableció el sistema político del Consulado, donde el poder ejecutivo era ejercido por tres cónsules: Bonaparte, Sieyès y Ducos. Una vez consumado, Sieyès intentó llevar a cabo su pensamiento político, pero pronto se encontró con un Bonaparte que no era ningún títere y encima «¡Lo sabe todo, lo quiere todo y puede hacerlo todo!», según dijo él mismo.

Quedaba claro para Sieyès y para todos que habría un cónsul por encima de los otros dos y ese sería el detentador real del poder. El 25 de diciembre de 1799 Napoleón era nombrado oficialmente Primer Cónsul y su ascensión política debida a su gloria militar se completaba. Las

Capítulo 7

Teatros y decisiones (1800-1801)

Mantengan la calma señores; este es mi destino.

Últimas palabras en vida del general Moreau.

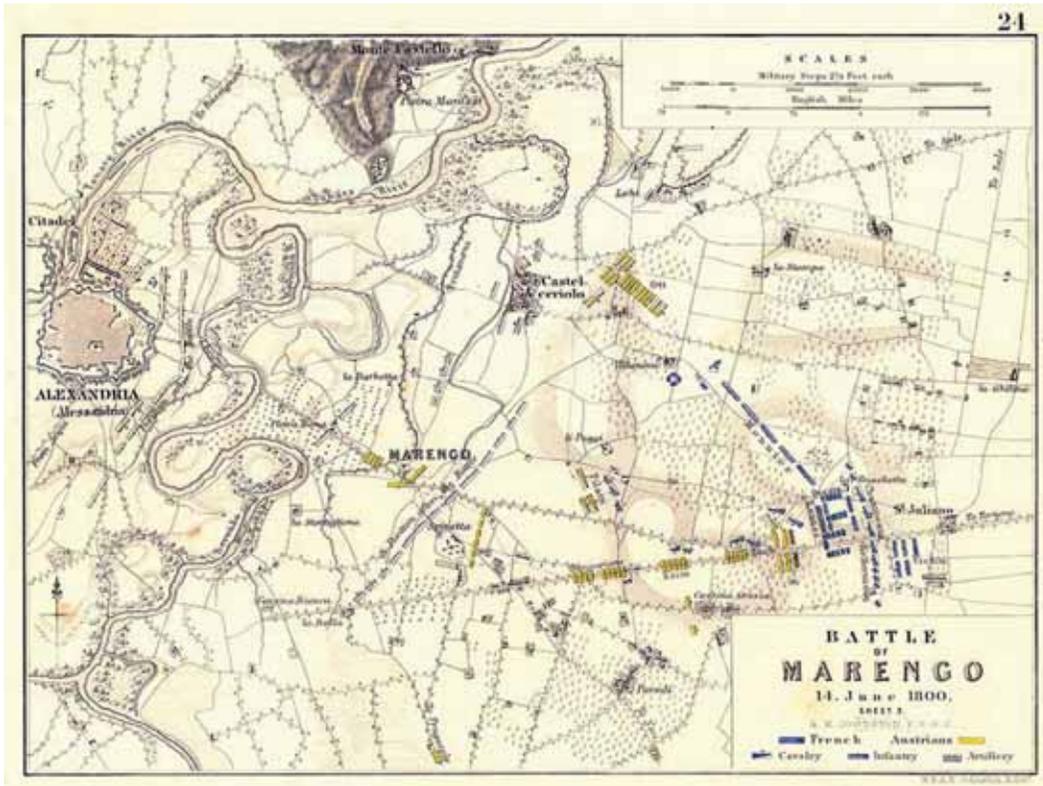
A principios de 1800, la II Coalición aliada parecía que aún controlaba la situación geoestratégica. Fuertemente asentados en el norte de Italia y en el sur de Alemania a través de Austria y con los Borbones restablecidos en el reino de Nápoles, tras la marcha del ejército de Macdonald hacia el norte para colaborar con Moreau, movimiento que fracasó en el Trebia y en Novi. Esa ausencia fue rápidamente aprovechada por el cardenal Ruffo y Fra Diavolo –un famoso líder guerrillero– para volver a colocar en el trono a Fernando IV con la ayuda de una escuadra rusa del almirante Fiódor Ushakov (1744-1817, gran táctico y conquistador de Corfú) y, después, con la aplacadora presencia de la Royal Navy. El claro dominio en el mar propiciaba también que los franceses siguieran atrapados en Egipto. Por estas razones los aliados mantenían altas sus expectativas, aunque estaban cerca de desmoronarse. Rusia, con los golpes sufridos a su prestigio en los últimos meses de 1799 estaba más fuera que dentro. El inestable zar había restaurado con los países nórdicos la *Liga de la Neutralidad Armada* (ver capítulo 8), una vieja idea de Catalina II para proteger el comercio de las apetencias británicas a la que posteriormente se uniría Prusia. Esas y otras disensiones entre las potencias de la Coalición eran cada día más acentuadas, ya que cada uno buscaba sus propios intereses. La Francia de Napoleón seguía preocupando, por supuesto, pero el temor a que se extendiera el fervor revolucionario de años atrás había desaparecido.



Napoleón y sus tropas pasando el Gran San Bernardo. Óleo sobre lienzo de Edouard Castres. Morges military museum.

en troncos huecos de abeto— ayudó mucho en su transporte. El heroico paso de Napoleón montado en un magnífico corcel y pintado más tarde por David era pura escenografía imperial. En realidad, subió y bajó a lomos de una mula para no desgastar a sus mejores cabalgaduras y acompañado de un guía local llamado Dorsaz, al cual recompensó a posteriori por su tarea con 1.200 francos. El servicio de información austriaco estaba confundido y le situaban subiendo por el Simplón o el San Gotardo hacia Milán. Iban muy desencaminados porque el 16 de mayo Napoleón pisaba suelo italiano por Aosta. Las fintas y el inadecuado servicio de espionaje enemigo le ayudaron. Para Melas, eso sí, una cosa estaba clara: Napoleón retornaba al teatro italiano. No tardaría mucho tiempo en organizarse y agruparse en torno a Turín.

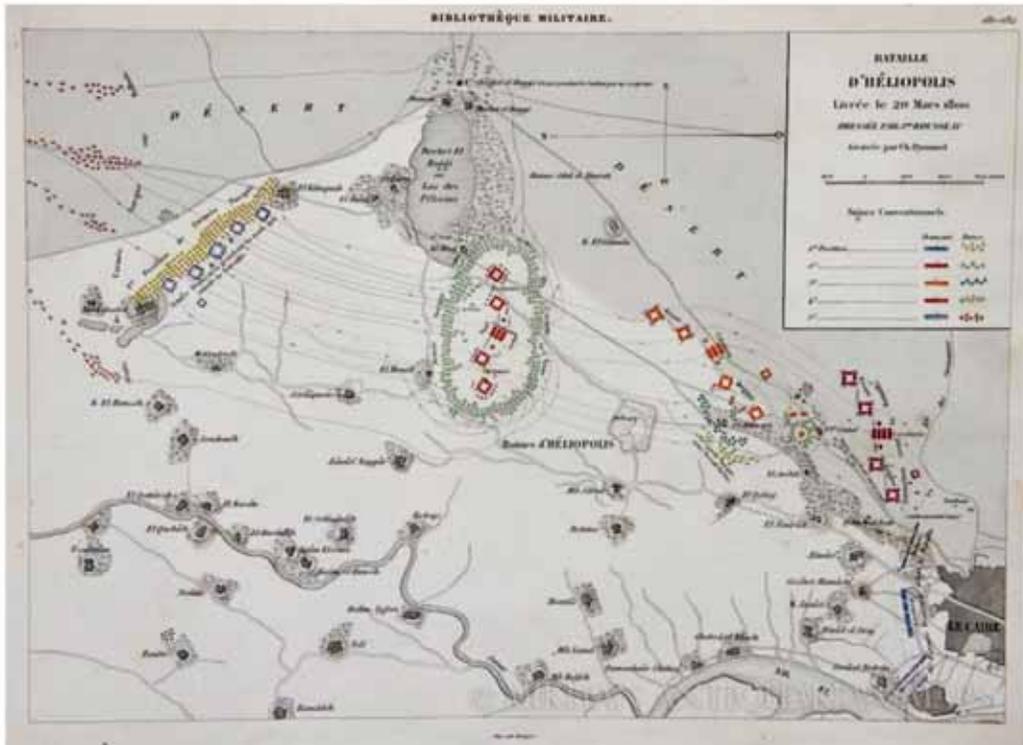
En la bajada del Gran San Bernardo comenzaron a tener alguna resistencia que Lannes se encargó de finiquitarla en labores de vanguardia, algo que sería su seña de identidad en las posteriores campañas imperiales de Polonia, España o Austria. El valle de Aosta tenía un cuello de botella que era custodiado por el fuerte de Bard. Esta fortaleza aún visible tras una larga reconstrucción empezada en 1830 y terminada en 1938 se apoya en una aislada y sólida roca que se levantaba sesenta metros sobre el camino principal. Su guarnición de apenas cuatrocientos hombres al mando del capitán Bernkopf tenía un amplio muestrario de cañones que podían



Plano antiguo de la batalla de Marengo, en 1800, con la llegada vespertina de Desaix y el ataque por el flanco de la caballería de Kellermann.

A pesar de eso planeaba atacar en los primeros rayos del amanecer con tres columnas y una reserva a los franceses en las cercanías del pueblo de Marengo, a tres kilómetros y medio de la cabeza de puente tendida sobre el río Bormida, a los pies de Alessandria.

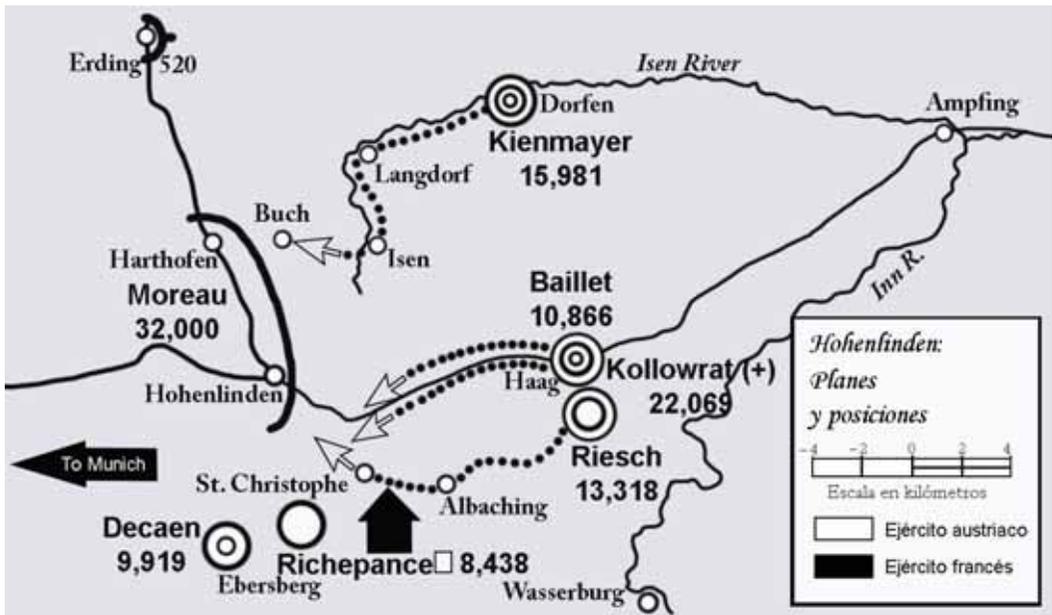
Napoleón, mientras tanto, se fue a dormir intranquilo esa noche del 13 de junio a Torre di Garofoli, a nueve kilómetros por detrás de su línea principal de combate. Sus informes y noticias llegadas le hablaban de una posible retirada austriaca hacia Génova o, incluso, Turín. Por ese motivo, envió a Boudet y a Rivaud a cuidar sus flancos alejados y esos movimientos enemigos. Dos días antes, ya había ordenado a Desaix —que había llegado hacía pocos días al teatro— que fuera a Novi para cuidar el camino que conectaba con Génova. Es evidente por esta actividad que no quería que su presa se escapara por ningún lado. El error estuvo en dar tanto crédito a esas falsas informaciones —algunas difundidas a propósito por Melas— y desperdigar algo sus fuerzas con el principal enemigo tan cercano. El 14 de junio por la mañana se despertó sobresaltado. Melas le atacaba con fuerza y directamente hacia sus posiciones adelantadas (él



Plano antiguo de la batalla de Heliópolis, en 1800.

franceses serían entre diez y doce mil hombres y tenían dos divisiones al mando de Reynier y el general de división Louis Friant (1758-1829, un firme combatiente que acabaría dirigiendo a la Vieja Guardia de Napoleón), los cuales desplegaron en cuatro cuadros de brigada y formada cada una por dos *demi-brigades*, según iglesias y de Ugarte. En un mapa de Rousseau de 1853 se aprecian esos cuadros mencionados avanzando en línea y en el medio de los cuatro posiblemente estuviera la artillería y la caballería, aunque también existían unidades por delante de los cuadros. La masa enemiga –entre cuarenta y sesenta mil hombres– estaba al mando del gran visir Yussuf y comprendía tropas irregulares, mamelucos y seis mil jenízaros con dieciséis cañones, que constituían lo más cercano a un soldado regular y estaban atrincherados y algo adelantados en la localidad de Matarieh.

Por la mañana de ese día 20 se dirigió directamente hacia ellos Kléber. Mientras los cuadros de Friant asaltaban la población, Reynier se ocupaba de protegerle de cualquier ataque de la masa turco-mameluca. Según Allison los jenízaros salieron cimitarra en mano y cargaron contra los cuadros siendo totalmente derrotados. Bonita estampa. Pero para



Plano de la batalla de Hohenlinden, 1800. Rosseau, 1853. En rojo primera posición francesa; en azul segunda posición. Austriacos en su marcha en columnas –color amarillo– y en color verde en la retirada. Mapa adaptado de: James R. Arnold.

previamente, ante una gustosa oportunidad de batir definitivamente al enemigo. Es una suposición, pero quizá con el archiduque Carlos nunca se hubiera producido la batalla que relataremos a continuación, ya que su instinto y experiencia le hubiera avisado de antemano para obrar de otro modo ante un especialista en ataques tácticos en retiradas como Moreau.

La batalla

Serían las siete de la mañana cuando las tropas de vanguardia de la columna de Kollowrat se toparon de repente con el dispositivo preparado por Grouchy en una formación de tres *demi-brigades* estacionadas en columnas escalonadas y cercanas a Hohenlinden. A esas horas, la columna de Baillel se encontraba retrasada en su marcha y tardaría en apoyar a su homólogo hasta tres horas después, en las cercanías del pueblo de Mittbach. Peor situada estaba la otra columna de Riesch que aún se estaba acercando a la localidad de Albaching –distante unos siete kilómetros de la lucha entablada–. Y por el otro lado, la columna solitaria de Kienmayer se aproximaba a su vez a Isen, sin establecer todavía contacto con el enemigo. Es decir, de las cuatro columnas implicadas austriacas, sólo



Batalla de Hohenlinden. Henri-Frédéric Schopin. Sala de Batallas, Versalles (Francia).

los frutos de la victoria, sin estorbar la retirada posterior de su rival. En el sector izquierdo francés, la lucha no fue tan enconada –salvo excepciones, como la lucha en torno al pueblo de Kronacker– y tanto Kienmayer como Baillet, al conocer las noticias del desastre de la columna de Kollowrat, decidieron por separado y con buen criterio, la retirada hacia Isen de todos los elementos a su cargo, sin demasiadas pérdidas materiales. Serían las dos de la tarde y la batalla de Hohenlinden terminaba con un resonante triunfo francés.

Resultados

Las pérdidas austriaco bávaras habían sido aproximadamente de 13.500 hombres y 76 cañones (fuentes francesas disparan hasta los veinte mil hombres y 87 cañones) frente a unas pérdidas francesas de tres mil hombres y un cañón. Para Austria había sido una derrota tremenda. Un dato, desde los comienzos de la guerra de los Siete Años hasta ese momento nunca había perdido tantos cañones en un duelo campal. El júbilo se adueñó

Capítulo 8

Guerra naval: la Royal Navy al ataque

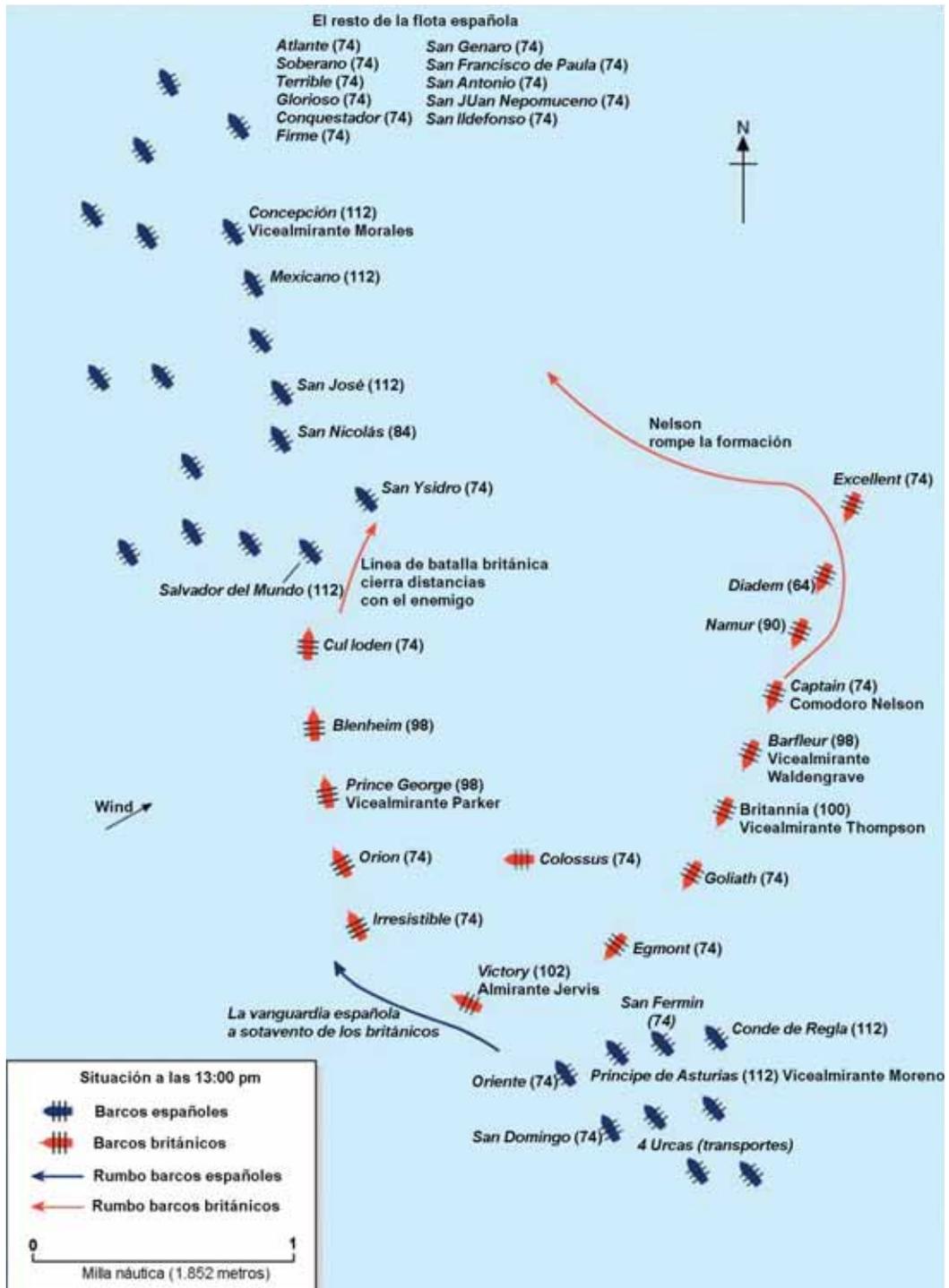
El nombre de Duncan nunca debe ser olvidado por Gran Bretaña y por su Armada en particular.

Horatio Nelson

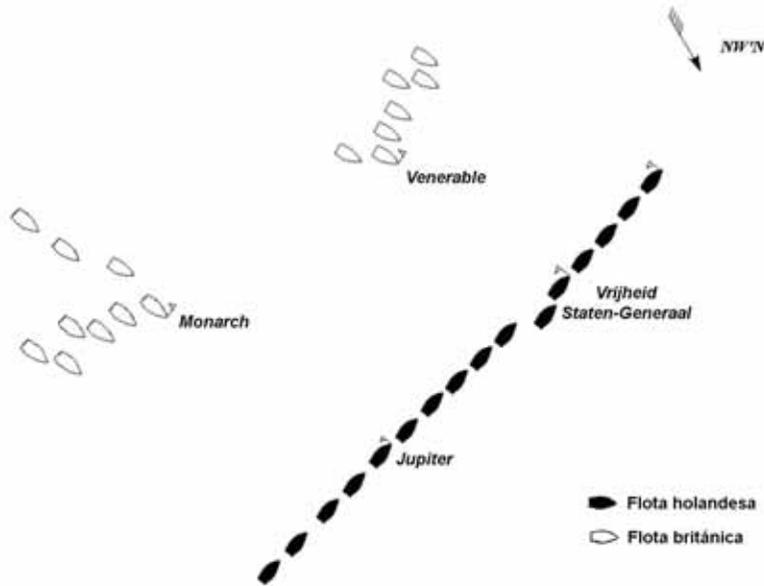
Los dos siguientes capítulos navales son un necesario paréntesis para comprender mejor el aspecto global del conflicto y analizar, sobre todo, la destacada intervención de la Royal Navy británica. Desde su mayoría de edad conseguida en las tres guerras navales mantenidas frente a los holandeses durante el siglo xvii, la Royal Navy había ganado en poder y presencia durante la segunda mitad del siglo xviii. Sus flotas de guerra y escuadras tenían varias estrategias a desarrollar en el mar. La primera y más obvia era su utilización en operaciones ofensivas. Y dentro de las mismas podíamos dividir las en:

- Búsqueda del combate en aguas abiertas con las otras flotas de guerra y escuadras enemigas.
- Bloqueos abiertos y cerrados.
- Bombardeos de plazas y ciudades costeras.
- Desembarcos anfibios.

El primer punto o idea, buscar la batalla en tiempos de guerra, es uno de los más reveladores e inalterables, en la idiosincrasia de un alto oficial de la Royal Navy del siglo xviii. En la gran mayoría de las circunstancias que podían darse en la navegación solían atacar a las escuadras contrarias sin muchos miramientos. Más aún desde el ejemplo aleccionador suministrado al almirante británico Byng. En 1757, tras no poder defender con éxito la isla de Menorca del ataque francés, este oficial fue sometido a una corte marcial



Plano de la batalla naval del cabo San Vicente 1797. Ataque principal de Jervis y maniobra personal de Nelson. Mapa adaptado de Osprey Publishing.



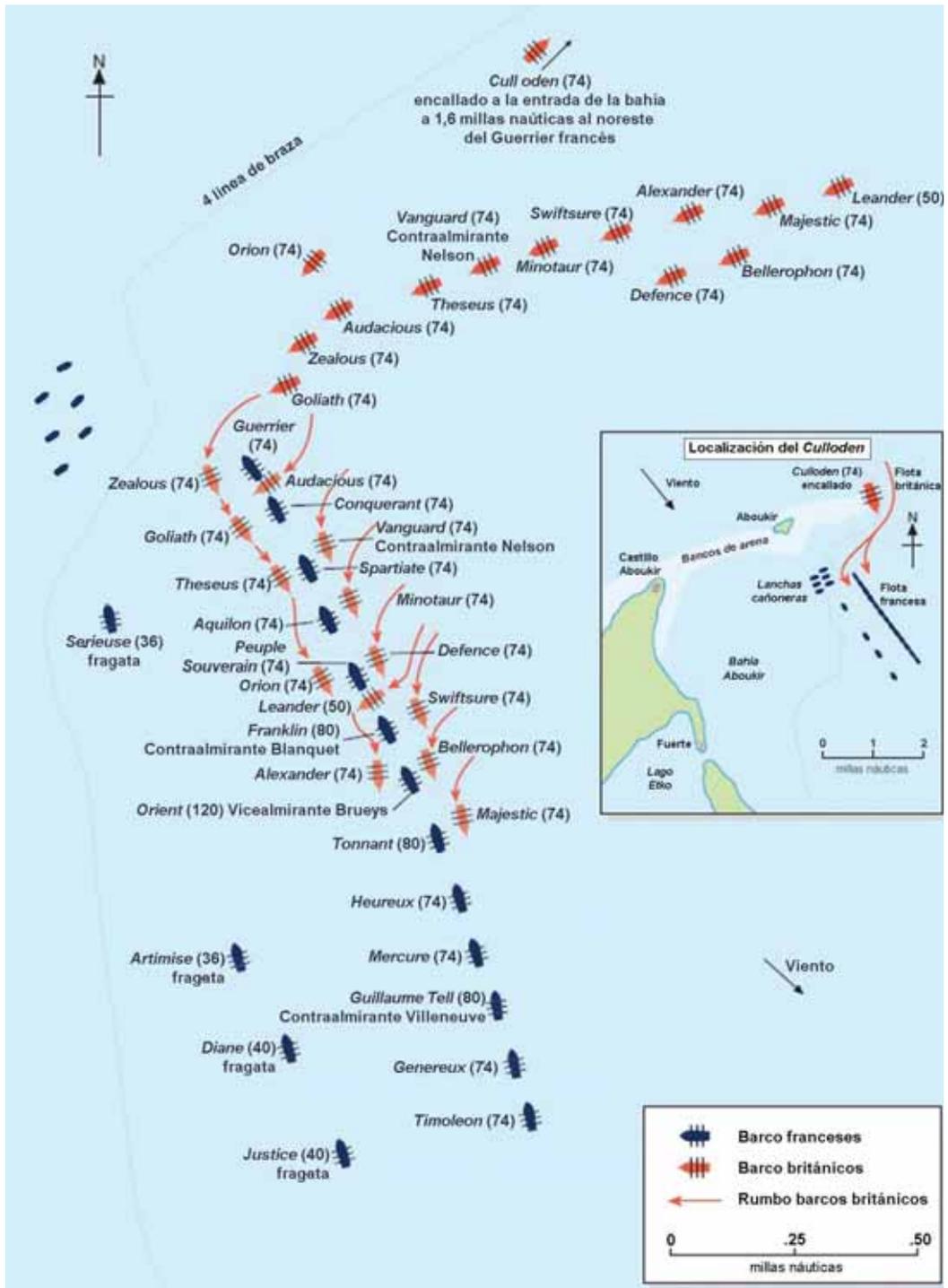
Plano de la batalla naval de Camperdown, en 1797.

Ataque británico en dos columnas. Mapa adaptado de Osprey Publishing.

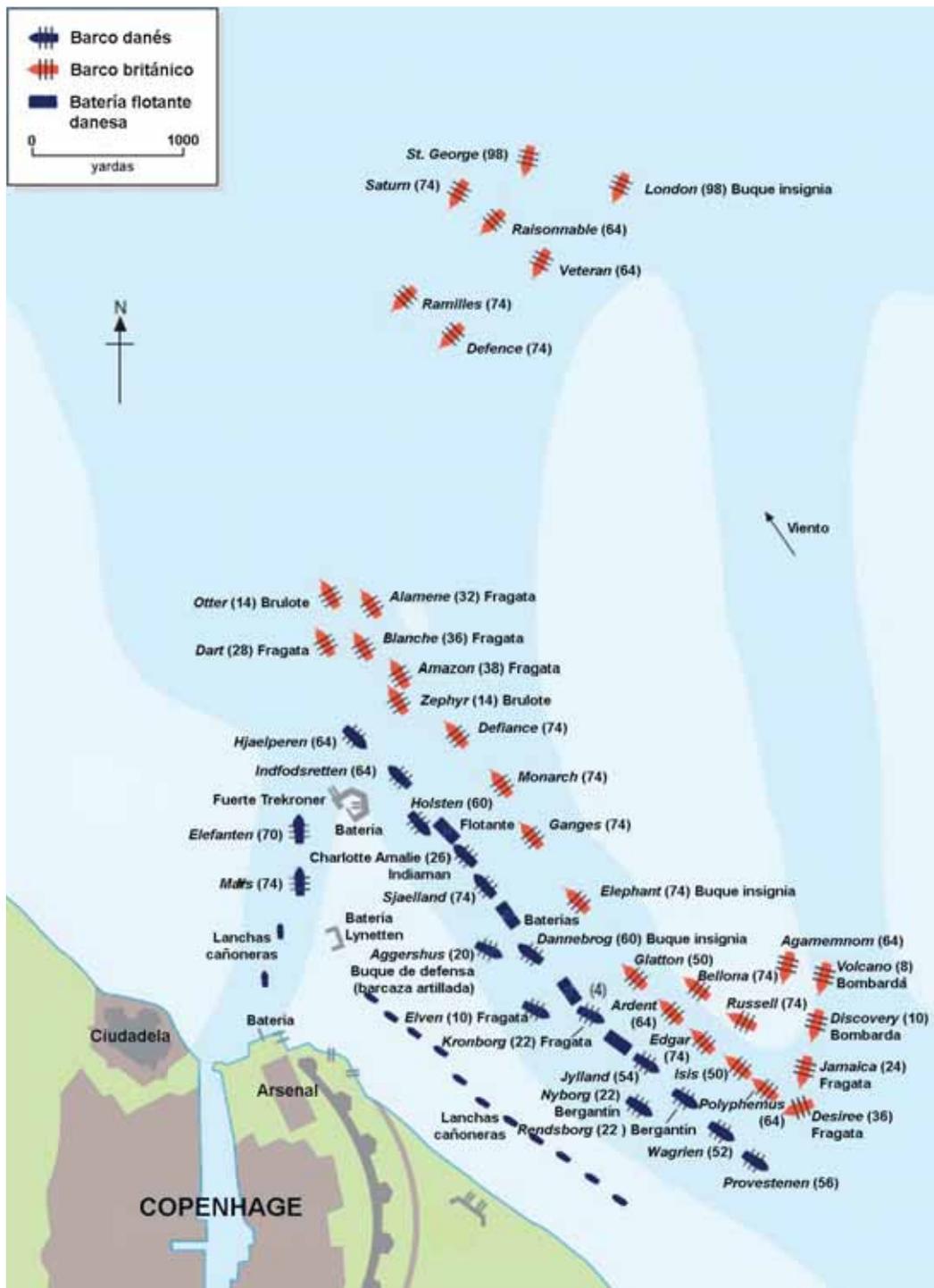
de dos columnas con rumbo perpendicular al enemigo. Una táctica que estaba inspirada en las maniobras de Howe y en las enseñanzas de John Clerk (*Essay on Naval Tactics*, 1790) y que años después utilizaría el propio Nelson en Trafalgar para acercarse y cortar en dos –por la retaguardia y el centro, en su caso– a la flota combinada franco española. Duncan, a bordo del HMS *Venerable* de 74 cañones, dirigía la situada más al norte, mientras que Onslow, al sur y desde el HMS *Monarch* de 74 cañones dirigía la otra. De Winter esperaba con paciencia el acercamiento enemigo desde el *Vrijheid*, también de 74 cañones. Tanto uno como otro contaban con 16 navíos de dos puentes, pero los británicos tenían más cañones, estaban mejor armados con las carronadas y su destreza en combate era superior. Además, ese día el tiempo era borrascoso y con mala mar, unas condiciones donde los británicos sí habían ensayado con anterioridad el disparo.

Cruzado por poco el mediodía y tras unas tres horas de aproximación al enemigo, Onslow cortó la línea holandesa por su retaguardia desde su navío. Un cuarto de hora después lo hizo Duncan por la vanguardia holandesa, con sus navíos más descolocados. Aproximadamente a las tres y media de la tarde, Duncan subió al tope de su palo mayor la bandera de señales de cesar el fuego. En apenas tres horas de combate cercano habían aniquilado a la escuadra báltavo-holandesa y rendido el navío insignia *Vrijheid*. De Winter, mojado por caerse antes al mar en la barca que le trasladaba,

Napoleón y revolución: las Guerras revolucionarias



Plano de la batalla naval del Nilo, 1798. Acercamiento seguido por los navíos ingleses a la francesa en fortaleza y situación final. Mapa adaptado de Osprey Publishing.



Plano de la batalla naval de Copenhague, en 1801.
 Mapa adaptado de Osprey Publishing.

Capítulo 9

Guerra naval: desembarcos, conquistas y saqueos

En comparación a esto, la expedición a Holanda fue como caminar sobre terciopelo.

Ralph Abercromby antes de embarcarse hacia Egipto, 1801

Una nación como Gran Bretaña, basada en la talasocracia, necesitaba de una fuerza dominante en los mares y, como hemos visto, la Royal Navy cumplió sobradamente con ese cometido. El Western Squadron seguía manteniendo la vigilancia de las costas patrias y permitía que las demás flotas y escuadras de guerra pudieran proyectarse sobre las rutas de comunicación marítima mundiales y controlar el comercio que pasaba a través de ellas. Un elemento importante de este poderío, como dice Richard Harding, fue «la creación de puntos locales de apoyo que ofrecían refugio y otras facilidades a los buques mercantes y de guerra». Esos puntos locales podían ser de amigos o enemigos. En el primer caso, como con las portuguesas de Lisboa o Lagos o las marroquíes de Tánger o Río Martín no hacía falta planear ninguna operación ofensiva para su uso. Todo lo contrario a lo que ocurría cuando se atacaba o conquistaba una posesión costera de Francia o de cualquiera de sus aliados. Otra consecuencia indirecta de esas conquistas era la económica, al privar a sus rivales de las bases marítimas para exportar productos y cultivos tropicales como café, tabaco y azúcar de caña.

Para realizar esas operaciones anfibia había que concebir un desembarco con fuerzas de tierra que tomaran posesión del lugar elegido y de los buques necesarios para transportarlos, por supuesto, es decir un ataque de índole especial. Ni que decir tiene que esa conjunción de fuerzas resultaba en sí misma un reto de la mayor envergadura en el siglo XVIII. De ahí la



Mapa de las Indias occidentales. Robert Wilkinson, 1793.

no podía permitir. Recapturó Guadalupe el mismo año de 1794 con ayuda de esclavos y un levantamiento en 1795 expulsó a los británicos de Santa Lucía. En Martinica los franceses intentaron algo similar, pero no tuvieron el mismo éxito, al igual que en las islas de San Vicente y Granada. Repuestos de estas insurrecciones isleñas fomentadas desde Francia, los británicos dirigieron sus miras hacia las posesiones españolas en 1797. En febrero obtuvieron un triunfo absoluto en el ataque y conquista de la isla de Trinidad. En honor a la verdad debo decir que allí se produjo una de las rendiciones más humillantes de la larga historia militar española. Al presentarse el 16 de febrero la escuadra inglesa, fuerte en nueve navíos y tres fragatas que escoltaban a un convoy con 6.750 soldados al mando de Abercromby, el jefe naval español Apodaca decidió, tras un consejo de guerra, quemar los cuatro navíos –uno de 80 cañones y tres de 74– y la fragata a su mando sin combatir. Las llamas devoraron a todos menos a uno, el *San Dámaso*, que los británicos recuperaron para su uso. Y el gobernador de la isla, llamado Chacón, viendo con sus ojos el provocado incendio nacional, no presentó tampoco ninguna resistencia y se rindió sin más a los invasores. Los británicos, asombrados por tantas facilidades, sólo tuvieron un herido en esta operación.

Capítulo 10

Vencedores y vencidos (1802)

Las Partes firmantes deberán prestar la mayor atención para mantener entre ellos y sus Estados una armonía perfecta...

Parte del contenido del Artículo I de la Paz de Amiens

Como ya vimos en el capítulo 7, los rescoldos de las Guerras revolucionarias se estaban apagando en todos los teatros (salvo anécdotas militares como la guerra de las Naranjas entre España y Portugal) y sin Austria y Nápoles para sostener el pulso en los campos de Europa, sólo quedaba que la retirada Rusia aceptara la preponderancia francesa en Europa, hecho que se produjo oficialmente en octubre de 1801. A estas alturas y añadiendo la capitulación francesa en Egipto y la posible vuelta al dominio de los otomanos de aquel territorio, quedaba claro que a Gran Bretaña no le quedaban muchas otras opciones militares que intentar contra la triunfante República de Francia. Precisamente en Londres empezaron los preliminares de paz para recuperar esa armonía perdida, los cuales se alargaron bastantes meses y darían lugar a la finalización de este intenso período empezado en abril de 1792.

LA PAZ DE AMIENS

Las expectativas desde Londres y la propia población británica para terminar con la guerra eran altas y mucho más tras la dimisión de Pitt. El saliente primer ministro, que había conseguido hacía poco la unión de Irlanda con Gran Bretaña, propuso que fuera Addington su sustituto y



La Paz de Amiens. Jules-Claude Ziegler, 1853. Musée de Picardie. Francia. En primer término aparecen José Bonaparte y Cornwallis escenificando la cordialidad de la firma. Sentado detrás y a la izquierda aparece con una pluma Schimmelpennick, y sentado a la derecha aparece con un sello Nicolás de Azara.

esto se interpreta como una concesión hacia la paz, pues Addington era un ferviente defensor de esa decisión pacífica. En noviembre de 1801 enviaron a un escamado marqués de Cornwallis como plenipotenciario a la misma Francia para alcanzar un acuerdo definitivo con su vieja rival y sus aliados. A Napoleón le convenía realizar esas últimas deliberaciones y contactos en casa, pues podría ver alargada su influencia. Encargó a su hermano José Bonaparte (1768-1844, futuro rey de la España afrancesada e invadida), con Talleyrand como asistente, el importante asunto. Los días fueron pasando y en diciembre aparecieron los representantes de la República Bátava con Rutger Jan Schimmelpennick (1761-1825) a la cabeza. Finalmente, el 1 de febrero de 1802 hizo su aparición el representante español enviado a la ciudad francesa de Amiens, el experto diplomático José Nicolás de Azara (1730-1804). Con todos los actores presentes se fueron acercando las posturas, aunque para alcanzar la anhelada paz y terminar con «las calamidades de la guerra», Gran Bretaña tuvo que firmar unos términos muy magnánimos y ceder en algunas cuestiones, casi como si fuera una nación totalmente derrotada. Según

Cronología

14 de julio de 1789	Toma de la Bastilla. Inicio de la Revolución francesa.
26 de agosto de 1789	Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano.
21 de junio de 1791	Huida del rey francés Luis XVI. En Varennes será detenido y devuelto luego a París.
25-27 de agosto de 1791	Declaración de Pillnitz. Prusia y Austria declaran su intención de formar una coalición para restaurar la monarquía en Francia. En los meses siguientes hay encendidos debates en Francia con Brissot avivando el fuego.
20 de abril de 1792	Francia declara la guerra a Austria.
26 de junio de 1792	Austria y Prusia forman la I Coalición anti francesa. El 24 julio Prusia declara formalmente la guerra a Francia.
20 de septiembre de 1792	Batalla de Valmy. Dumouriez y Kellermann detienen decisivamente con un cañoneo a las tropas prusianas del duque de Brunswick y salvan a la Revolución.

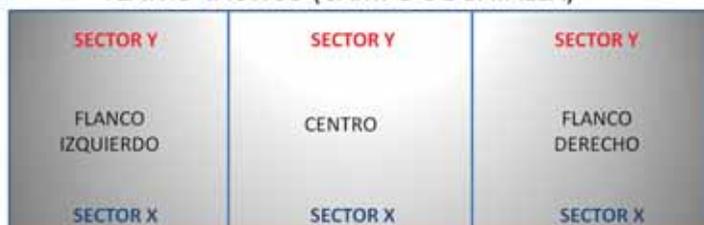
Diagramas



TEATRO ESTRATÉGICO (MAPA DE OPERACIONES)



TEATRO TÁCTICO (CAMPO DE BATALLA)



Biografías militares

FRANCIA

Dumouriez, Charles François (Cambrai, Nord 1739-Turville Park, cerca de Londres 1823): oficial en 1758, participó en la guerra de los Siete Años con distinción y recibiendo numerosas heridas en combate. Entró en la diplomacia secreta con Luis XV y participó también en varias misiones militares en Córcega y Polonia. Al inicio de la Revolución se unió a los jacobinos para pasar luego a desempeñar cargos políticos con los girondinos. Junto a Kellermann consiguió la decisiva victoria de Valmy, 20 de septiembre de 1792. A continuación, atacó con éxito en Jemappes (6 de noviembre de 1792) a los austriacos. Una semana más tarde, derrotó al príncipe de Württemberg en Anderlecht. Al año siguiente, entró en Holanda y conquistó la ciudad de Breda. Poco después sufre dos derrotas contra el duque de Saxe Coburg en Neerwinden (18 de marzo de 1793) y en Lovaina (21 de marzo de 1793). A raíz de las mismas y sin la seguridad de mantener su vida ante sus radicales compatriotas se pasa al enemigo. Comienza una vida errante hasta que se establece en Inglaterra (1804). Publica sus memorias bajo el título *La vie et les mémoires du général Dumouriez*.

Carnot, Lazare (Nolay, Côte-d'Or 1753-Magdeburgo, Alemania 1823): de origen plebeyo ingresó en la Escuela Militar de Mézières. Oficial de

Bibliografía escogida

- ALSINA TORRENTE, Juan. *Una guerra romántica, 1778-1783*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2006.
- ARCQ, Alain. *La bataille de Fleurus 26 juin 1794*. Annecy-le-Vieux: Historic'one Editions, 2007.
- ARIEL VIGO, Jorge. *El Estado Mayor la asistencia al comandante desde Egipto hasta Prusia*. Buenos Aires: Folgore Ediciones, 2005.
- ARNOLD, James R. *Marengo & Hohenlinden: Napoleon's rise to power*. South Yorkshire: Pen & Sword Books Limited, 2005.
- AYMES, J. R. *La guerra de España contra la Revolución francesa (1793-1795)*. Alicante: Universidad de Alicante, 1991.
- BARNES-FREMONT, Gregory (ed.). *The Encyclopedia of the French revolutionary and Napoleonic Wars* (vols. I, II, III). Santa Barbara: ABC-CLIO Inc., 2006.
- BARÓN DE BIELFELD. *Instituciones políticas* (Tomo sexto). Madrid: Imprenta Real, 1801.
- BARTHORP, Michael. *Napoleon's Egyptian campaigns 1798-1801*. Londres: Osprey Publishing, 2002.
- BELL, David A. *La primera guerra total*. Madrid: Alianza Editorial, 2012.
- BLACK, Jeremy. *Warfare in the eighteenth century*. Great Britain: Cassell, 1999.